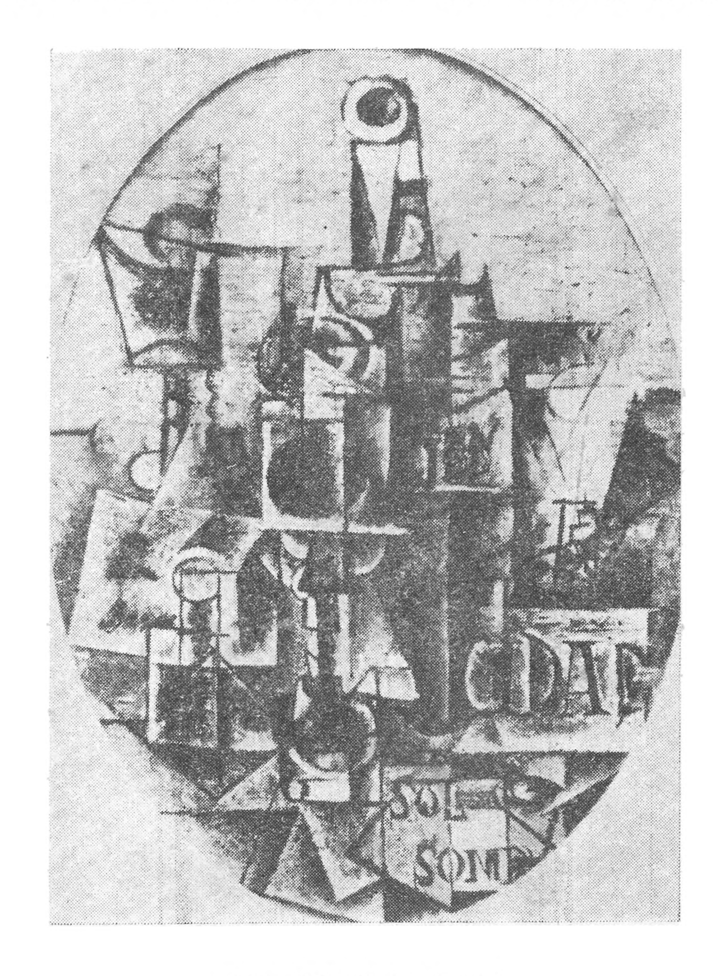
JULIO J. CASAL

ANTOLOGIA



BIBLIOTECA ALFAR
1966

JULIO J. CASAL

Julio J. Casal nació en Montevideo el 18 de junio de 1889 y murió en la misma ciudad el 7 de diciembre de 1954. Su padre Eusebio Casal era español y su madre Josefa Ricordi, uruguaya hija de italianos. En junio de 1909 se traslada a Europa ocupando cargos consulares en La Rochelle, Francia, hasta 1912, y en La Coruña, España, desde julio de 1913 hasta el 25 de enero de 1927.

A comienzos del año 1913 había vuelto al Uruguay para contraer enlace con María Concepción Muñoz Ximénez, el 2 de marzo; de regreso a Europa viaja por Francia y España para instalarse en La Coruña como Cónsul del Uruguay. Allí nacieron sus hijos Marynés, Julio, Josefina y Rafael, la muerte prematura de Josefina (Pepita) hizo que decidiera volver definitivamente al Uruguay, setiembre de 1926, donde nació su última hija Selva, posteriormente.

En Galicia fundó su revista Alfar, de arte y letras, que continuó editando en Montevideo y vivió treinta y dos años, 1923-1955.

Su obra fue publicada en Madrid, Montevideo y Buenos Aires. En el Uruguay ocupa un cargo en la Asamblea representativa del Municipio de Montevideo, febrero de 1927 hasta el 3 de mayo de 1933, pasa al Museo Municipal de Bellas Artes "Juan Ma-

ANTOLOGIA



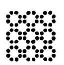
JULIO J. CASAL

JULIO J. CASAL

ANTOLOGIA

PROSA Y POESIA

SELECCION DE JULIO CASAL MUÑOZ



BIBLIOTECA ALFAR
1966

En memoria de mi madre.

El grabado de la portada es un óleo de PABLO R. PICASSO. (Publicado en Alfar, Nº 87, 1948. —Número dedicado al pintor—)

Derechos reservados en BIBLIOTECA ALFAR
Montevideo, República Oriental del Uruguay
Queda hecho el depósito que marca la ley.

OBRAS DE JULIO J. CASAL

REGRETS, 1910, Madrid, España.

ALLA LEJOS, 1912, 2ª ed. 1913, Madrid.

CIELOS Y LLANURAS, 1914, Madrid.

NUEVOS HORIZONTES, 1916, 2ª ed. 1920, Madrid.

HUERTO MATERNAL, 1919, 2ª ed. 1921, Madrid.

HUMILDAD, 1922, Madrid.

56 POEMAS, 1923, Madrid.

ARBOL, 1925, 2ª ed. 1926, 3ª ed. 1927, Madrid.

POEMAS, 1926, Madrid.

COLINA DE LA MUSICA, 1933, Montevideo, Uruguay. Bibliot. ALFAR.

ARBOL, 4ª ed. 1940, 5ª 1942, 6ª ed. 1951, Montevideo. B. ALFAR.

EXPOSICION DE LA POESIA URUGUAYA, 1941, Ed. Claridad, B. Aires.

CUADERNO DE OTOÑO, 1947, Ed. LOSADA, Buenos Aires, Argentina.

RAFAEL BARRADAS, 1949, Ed LOSADA, Buenos Aires.

RECUERDO DE CIELO, 1949, Cuadernos J. Herrera y Reissig, Nº 11, Montevideo.

Obra póstuma: DISTANTE ALAMO, 1956, Cuadernos J. Herrera y Reissig, Montevideo.

REVISTA ALFAR, fundada en La Coruña, Galicia, España, en 1923, 24, 25 y 26 se publicó en España, reaparece en 1929 en Montevideo, Uruguay hasta 1955, son en total 91 números.

Algunos poemas de "ARBOL" tienen música de R. Rodríguez Socas y son cantados en las escuelas públicas del Uruguay.

Soneto al árbol consagrado al poeta Julio J. Casal

Este que ves, en ramas esparcido,
columna de la vida inagotable,
de noche sorbe el zumo deleitable
en el vaso de sombras contenido.

Constelado licor enaltecido
cada estrella le vierte, indescifrable,
y bebe de la tierra inalterable
la misma savia donde fue nacido.

Al ocaso se embriaga entre mil oros.
En la mañana los alados coros
vibran en el follaje voz secreta.

El alba lo amanece y lo alucina,
mientras lo besa con la luz divina.
¡Y el árbol ya no es árbol, es poeta!

Carlos Sabat Ercasty

7 diciembre 1958.

ANTOLOGIA POETICA

1910—1923

MIRO RODAR LAS HORAS...

Miro rodar las horas, tranquilas y serenas,
con la mirada quieta, cansada, distraída,
y doblo los caminos amargos de la vida
hastiado de las flores y de las cosas buenas.

Pasan en caravana las dichas y las penas,
la tristeza que viene y la que ha tiempo es ida.
El alma ensueña todo, después todo lo olvida
y pasan los recuerdos como sombras ajenas.

Sin evocar su imagen, a veces llega inquieta,
despertando mis sueños lejanos de poeta,
mis rimas, las primeras, sutiles, venturosas.

Un aleteo cubre la noche del engaño.
Luego, la indiferencia y el triste desengaño
de comprender la vida y el fondo de las cosas.

De: "REGRETS", 1910.

AMO...

Amo en las tardes de oro, cuando cruzo
no importa qué sendero,
escuchar el plañir de unas campanas
místicas, a lo lejos.

Embriagarme a la sombra
de algún dulce recuerdo,
perderme entre mí mismo
deletreando un misterio.

Vivir lo que no existe,
lo que al ser malo es bueno,
y saborear el libro
de todos los secretos.

Cantar interiormente.
Hallar del otro lado del camino
algún viajero
cuya mano, dijese adiós de prisa
y se perdiese luego.

Sorprender bien de cerca
el murmullo de un beso
la flor desvanecida
escapándose el céfiro.

Y al fin para gustar de esta existencia
lo más dulce y más bello,
poner el corazón en el latido
musical del silencio.

De: "ALLA LEJOS", 1912.

PREFIERO...

Prefiero el sobrio pensar
a la fatua maravilla...
Las espumas de la orilla
no forman el hondo mar.

Misterioso, suave o rudo
amo lo oculto en un ser.
Me emociona en la mujer
más que la seda, el desnudo.

Sufro lo cierto, que al fin
esa es la mejor mentira.
¿Qué fuera sin voz la lira
y sin flores el jardín?

La sombra en su negro rol
Por eso sólo me exalta
vela siempre alguna falta.
en esta vida, tan triste
o alegre, aquello que viste
la pincelada del sol.

De "Cielos y llanuras", 1914

EL POETA DE LA ALDEA:

Un soñador de quince a veinte años,
que tiene el corazón de penas lleno,
sin haberse embriagado en el veneno
de la experiencia y de los desengaños.

Sueña un cielo de rimas caprichosas
e, ignorante del mundo y de la vida,
sabe vivir de la ilusión perdida
y analizar el fondo de las cosas.

Y ha recorrido todo lo que existe
con el vuelo atrevido e imaginario
de ese pájaro azul que hay en la idea,

sin ir más lejos de la sombra triste
que proyecta el vetusto campanario
de su tranquila y apacible aldea.

De: "Cielos y llanuras", 1914.

EL AFILADOR (Fragmento)

Viene con su carro viejo... ¿sin duda
ignoráis la historia del afilador?
el alma de tibios afectos desnuda
de sus claros valles un día emigró.

América sabe ser hospitalaria.
Ella simboliza para el labrador
toda la dulzura de una plegaria
y un hogar cubierto de paz y de sol...

Partieron en busca de otros horizontes.
Y hoy que la locura de viajar pasó,
sueñan en los buenos y nativos montes,
jugueteando en ellos la imaginación...

Retornar desean al pueblo, mas nunca
pensará en regresos el afilador.
Dice que ya tiene la experiencia trunca
y que en sus montañas a nadie dejó.

Huraño el semblante la mirada hosca,
parece sumido siempre en un dolor...
Mientras rueda el carro de madera tosca
murmura entre dientes no se que oración.

....

....
....

En su historia debe vivir un misterio,
pues causa al mirarlo vaga confusión,
que contrasta el aire taciturno y serio
con el ya gastado traje de color...

¿Es un noble arruinado? Lleva el porte
y el andar majestuoso de un señor
habituado a los faustos de la Corte...
¿Ha manejado esclavos o la hoz?

Tiene cierto encanto la figura austera,
quijotesca y triste del afilador,
cuando arrastra el viejo carro de madera
con un gesto lleno de resignación.

De: "Nuevos Horizontes", 1916.

NOCHE DE REYES

Mañana, cuando despiertes,
¡cuántas, cuántas ilusiones
se trocarán en muñecos,
en confituras y goces!

Los reyes magos llegaron
silenciosos esta noche,
y encontrando tus zapatos
dejaron tropas, tambores,
pianos, cornetas, figuras
y un cartucho de bombones.

Mañana, cuando despiertes,
¡cuántas, cuántas ilusiones!
No te querías dormir...
"No apagues la luz, que entonces
en la sombra no podré
ver como ofrecen sus dones.
Madre, cuando tú los veas
diles que yo quiero un coche,
un caballo... el cuento aquel
de la durmiente en el bosque..."
¡Pide, boquita de rosa,
todo lo que se te antoje!

¡Ay! más tarde, cuando seas,
hijo de mi alma, un hombre
y no te causen halago
ni juguetes ni bombones...
¡quién pudiera como hoy,
para evitarte dolores,
como lleno tus zapatos
llenar tus aspiraciones!

HIJO MIO ...

Hijo mío, si acaso
necesitas mi apoyo,
pide sin titubear, que al ayudarte,
renacerá mi gozo.

Y si para que rías
es justo y forzoso
que sacrifique toda mi existencia...
¡pide luz de mis ojos!

De: "Huerto Maternal", 1919.

DESPUES...

Después que yo me haya
ido aparentemente,
porque no se termina
del todo con la muerte,
búscame en las auroras, hijo mío,
y en los atardeceres...

Me encontrarás también entre los rayos
dorados de Selene
y allá en tu corazón, yo he de ser una
palpitación alegre...

Cuando en tu copa brille el dulce oro
de las dichosa mieles,
no importa que me olvides...
Y en tu egoismo, bebe
a solas el licor
de todos los placeres.

Pero si sufres volaré hacia tí...
¡Si yo habré de ser ese
pañuelo de ternura
que tus lágrimas seque!
En tu gozo tal vez no esté a tu lado,
pero ay ¡en el dolor yo estaré siempre!

De: "Huerto Maternal", 1919.

PLEGARIA

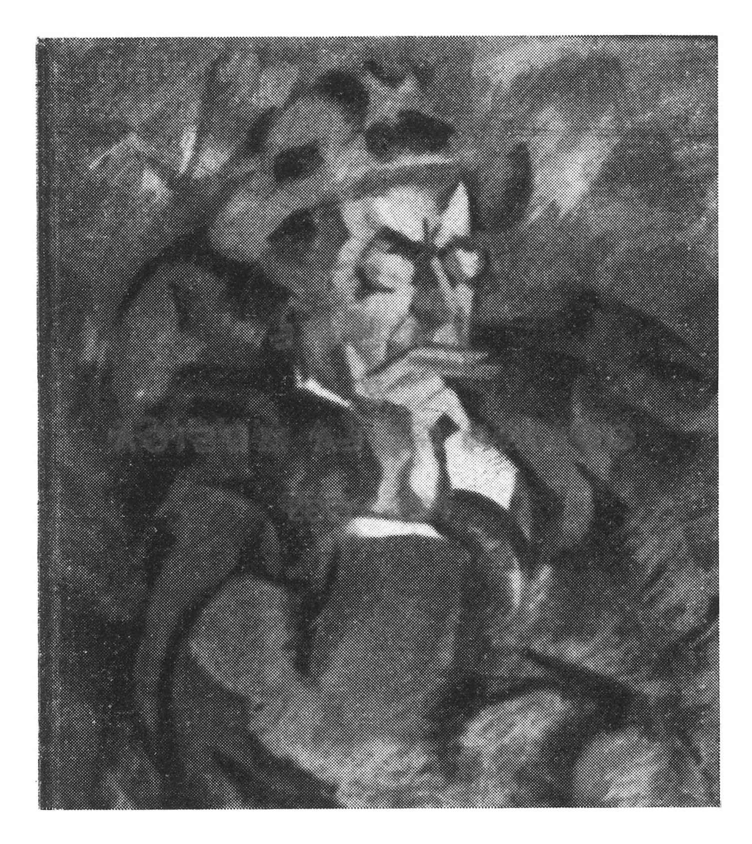
Si antes de mi existir
y entrar en el dolor
del vivir

me hubieras permitido
ser lo que deseara,
yo habría de elegir,
Señor,
ser una fuente clara,
alguna nube, un nido,
un remanso, un oleaje
del mar, cualquier paisaje,
un árbol, un reflejo, un astro, ser
el misterioso y vago atardecer,
Esa fragante flor que pinta Abril,
o lo que lleva un miserable nombre
cual la oruga, el reptil.
¡Todo lo hubiera sido menos hombre!

De: "56 Poemas", 1923.

ARBOL
y
COLINA DE LA MUSICA

1925 – 1933



JULIO J. CASAL — OLEO DE BARRADAS

ARBOL

Arbol, yo ya sabía que eras hermano mío.
Hacia los cielos vamos en claro florecer...
Y tus ramas audaces, hallaron el rocío
en el cristal y el ámbar, luz de mi amanecer.
¡Arbol, yo ya sabía que eras hermano mío!

En tí hay, a momentos, más pájaros que hojas
Y eres en primavera mágico surtidor.
Y en mí, ¡qué profusión de rosas, blancas, rojas,
y que acento en mi lírico manantial interior!

Los dos brindamos, árbol, sabia joven y nueva.
Y por nosotros corre un idéntico río
de emoción, y sabemos en las nieves de prueba
aguardar libremente el calor de otro estío.

Hacia lo azul, el mismo impulso azul nos lleva.
Arbol, yo ya sabía que eras hermano mío.

EL FORASTERO

Hoy han traído el árbol.
Viene del corazón del bosque.
Cuando le ví llegar
tumbado en la carreta,
mi lírica emoción tuvo una lágrima.
Se encontraba tan bien entre los suyos...

Ya está de pie el amigo en nuestra huerta.
¡Un árbol más, un árbol nuevo! Hijos
que él encuentre en vosotros, agua y seda.
¡Soltad de prisa todos
los pájaros de casa!
Para todos hay un hueco en su cabeza.

¡Hijos, a cantar para él
canciones tiernas...!
El forastero,
el pobre trasplantado a viva fuerza,
¡qué no eche de menos
los camaradas que en el bosque deja!

EL HUMO VIAJERO

En la carreta
iba
tendido el árbol.

Los bueyes avanzaban
lentamente. El cristal
de la aurora, vertía
sus vinos claros
sobre los caminos.

La carreta pesada y quejumbrosa
balanceaba el cadáver del árbol.

A lo lejos,
los brazos de las ramas,
alegremente se desenredaban
de la elástica cinta de la niebla.

El se encendería
en el hogar amplio.

Nunca más podría
mecer en su blando
columpio de hojas,
a la loca brisa...
Ni daría más
su sangre a los pájaros.

A veces, el humo
imprevisto y vago
que vuela vistiendo
con su tul, los árboles,
es humo de un tronco
que ha sido quemado
y sintió una gris
nostalgia de hermanos...

Corazón que fuiste
ya sacrificado.
A veces, te escapas
en humo, hacia el campo
del recuerdo... A veces,
es mi corazón
el humo de un árbol.

LA SOMBRA DEL PINAR

Hermana,
ya estás bien...
No necesitas para respirar
entreabrir la ventana...

Tu grave palidez de lirio enfermo
se ha teñido de sol y de manzana...

¡Qué hondo repica mi agradecimiento
para la sombra del pinar, hermana!

EL GORRION

Amaneció cansado...
Más encorvado
aún, el pico fuerte.
Sufría en el camino
su diminuta sombra cenicienta.

Cavó él mismo, un sencillo
hoyo para su cuerpo,
y se dejó caer
sin fuerzas, dentro...

Entonces, las piadosas
manos del viento,
cogieron unos cuantos
pañuelos verdes
de los eucaliptus,
y cubrieron
el arpa, ya sin notas
de su cuerpo.

CIPRES

Tu madera rojiza y olorosa
es hecha de silencio.

Y a pesar de tu grave
meditación de sombra,
todos los árboles
de las granjas
de juegos infantiles,
visten tu forma
de misterio alargada.

Y es tu copa, una aguja
enhebradora de astros.

EL BOSQUE

Corriendo como un niño,
llevé a la luna
hasta la misma boca
elástica de un río...

Y me alejé en la sombra
de unos árboles...

Puse mi corazón
en los jugoso troncos.
Los poros de mi anhelo
se sahumaron de hojas.

Y al regresar a casa
mi corazón tenía
un sano olor a roble
a eucaliptus y a pino.

EL ROBLE

Apoyé mi cabeza
sobre el tronco
del roble. . . Descendía
hasta mi espíritu
el zumo de una música de estrellas.

Dentro del tronco había
una garganta de cristal:
Cantaba,
desenhebrándose, un collar de piedras
de países lejanos.

Era un rumor de fiesta.
Una alegría
de agua y raíz.
Un restregar de párpados de pétalos
de fragancias recién amanecidas.

El tronco era un hueco de siglos,
un caracol de antiguas resonancias.
Los pájaros, ya muertos
del jardín,
habían vuelto a la vida.

Era una jaula bulliciosa el roble.
Yo sentía en mi oído
un estremecimiento de plumajes
y un alborozo colegial de picos.

TILO

En la casa,
la luz se iba vertiendo
lentamente.

Para que mi madre
no se inquietara de mi desvelo,
cuando se acercaba
solícita a mi lecho,
yo cerraba los ojos
y respiraba
tranquilamente,
como en un buen sueño.

Nunca se engañó mi madre.
Tras mis párpados cerrados,
sabía verme despierto.

Tilo:
entre los corazones de tus hojas,
veo esconderse el perfume
de un recuerdo.

Daba mi ventana al campo.
Yo tenía la cabeza
aturdida
con un zumbido de versos.

Madrugadas
de mi pueblo.
Venía por el camino
la canción de los carreros.
Se desperezaba
—azul y violeta— el cielo.

Por mi alcoba
en silencio,
tu sano aroma, tilo,

me infundía sosiego.
Tu aroma
y el alba en la sonrisa de mi madre.

Colina de la Música

I

Colina de la música
que el horizonte aclaras,
yo fuí hacia tí, y el viento
te había llevado al mar.

Colina de la música
el agua te ha escondido,
pero te siente el ala
que se interna en el mar.

Y vuelve a recogerte
en su cantar el pájaro.
Y torna el horizonte
a tener tu alegría
y claridad,
más honda todavía
colina de la música
que hizo más pura el mar.

V

La tristeza me ha dado
cal y barro, para mi labor
de soledad.

Humilde y firme
ahí está el muro
que me aísla.

Desde mi silencio,
mi ternura solitaria
irá creciendo.

Algún día
el muro ha de caerse,
y no se acercarán,
han de ver siempre el muro
que no existe.

VII

Te vas adelgazando, palabra.
casi inasible.
Antes venías a mí
obediente y sumisa,
tal vez
porque te veía demasiado.

Me diste seda y música
para vestir mi impulso.

Y fuiste el lazarillo
que llevó mi emoción
al agua de la imagen.

Hoy que no tengo nada que prender
al fleco de tu júbilo,
qué bien haces palabra
en irte adelgazando
hasta el silencio.

XVIII

Me va siendo difícil salir a las palabras.
Yo ya no sé llegar
hasta la imagen,
sino callado.

La fresca voz del alba,
y la caliente música del mediodía,
y la abeja desvelada de la noche,
no quieren asomarse
a mi palabra.

El sordo olor de las lejanas sombras
ahoga la voz
que yo quisiera clara.

Estoy labrando a solas
música de silencio.
Veo en los otros,
la alegría del pan dorado,
en tanto mi alma vieja
está callada sobre la colina.

Estoy callado sobre la colina,
escondido en el sueño
de mi mismo,
ya en el secreto del paisaje inmóvil,
hecho al misterio de la piedra muda...
como una piedra más, como un paisaje
echado en el regazo de la sombra.

ALIGERARSE PARA EL VUELO

Aligerarse para el vuelo. Un día
nada de lo superfluo pesará.
Iremos tan sin carne,
tan sin sombra,
solo en la luz...

Creíamos,
que lo que fue quedando en el viaje,
lo íbamos perdiendo.
Perder no es desprenderse
de lo frondoso,
ni es ir dejando aquello que nos viste
de transitoria y fácil alegría.

Mirar como se apaga
la voz que grita, no es perder.
Y nos alcanzará, con nuestra parte
de agua y de viento.

Un día
irá nuestro corazón
ligero —no vacío—
solo en la luz,
tan sin carne,
tan sin sombra...

MARINERO DE LA RIBERA

Como un marinero en tierra,
cuando la barca se fué
quedó el sauce en la ribera.

Ha pasado un leñador
y ha rozado su madera,
y el sauce se ha estremecido
soñando en ser barca nueva.

El marinero se curva,
pensativo de tristeza,
porque nunca irá a la mar,
y está destinado a ser
marinero en la ribera.

ALEGRIA

Alegría de los veleros de la mañana.
Vienen cantando
sobre el mar de plata
Se detienen
en la rada
del día. Y hacia el sol
—alto abismo—
echaron el ancla.

Alegría de los veleros
de la mañana.

Y un pájaro, capitán
de los veleros del alba,
feliz de llegar al puerto
como un marinero canta.

LUCERO

Madre, vámonos al río.
Se está bañando un lucero.

Entre las manos del agua
¡cómo salta de contento!

Trompo bailarín, dorado...

¡A un niño se le cayó
desde los patios del cielo!

CUADERNO DE OTOÑO
y
RECUERDO DE CIELO

1947–49

Cuaderno de Otoño

OTOÑO

Otoño, me vas dando
tu mar dorado. Voy
por el acorde de tu agua
con mis señales últimas
de tierra, en tus cristales.

Tú y yo llorando.
No sé, si es de mi mar o de tus ojos
que se derrama el verdadero llanto.

IX

Aquella sombra despegó hacia el mar.
Quedó sólo tu luz callada, de paloma.

Ahora sí que no puedo alcanzarte.
Cuando hablabas tu vuelo era mío.
Sin tu prisa y tu fuego, no existes.

Con el clavel en llama
yo me hubiera atrevido.
Con la rosa de nieve,
no puedo.

XIII

Este mar
monótono,
—de peces y de orilla siempre—
ya no es aquel.

Es otro mar,
uno distinto...
El verdadero mar fue mío y te lo dí.
Tu mano era de viento y se perdió.

XIV

Ni tú, ni yo, ni el viento...
No sabemos nada.
Tú que lo esperas todo,
yo que no espero ya.

Y el viento que entra
en las casas, y mira
y toca, y revuelve las cosas.

Después una hoja
le pregunta qué ha visto.
Y no responde nunca.
No sabe nada.
Como tú
y como yo.

XV

Andas sin rostro por mi sueño.
Así puedo mirarte como eres.

Vas paloma sin alas por mi aire.
Tu perfil diluído te hace exacta.
No encuentro tu palabra ni tus brazos.
Te arremolina y decolora el viento
en hoja de marfil, y hallo tu verde
definitivo.

Y es sólo cuando el día alza en mis ojos,
¡ay! demasiado abiertos, tu presencia,
|..ya con rostro de mundo, ya paloma
con alas, que otra vez eres de sueño.

AVENTAD LAS CENIZAS

Aventad las cenizas.
Quiere el cuerpo ser aire.
Ya que llegó la hora de elegir,
nada de cielo, ni de tierra.
Aire.

Despertar con la mano invisible
la hoja dormida
y animar el plumón amarillo
del pájaro sediento.
Ah, el pobre caballo
entristecido
de angustiada fatiga,
cuando sienta
el tierno rocío
de mi presencia.

Puesto que hay que morir,
no me deis tierra
ni cielo.

Derramadme en el aire.

NO ES EL AMANECER

No es el amanecer
que me trae la luz.
Eres tú.

No es la estrella
—resplandor descendido
sobre el álamo negro—
Eres tú.

Canta el pájaro
y con olas
se enciende el mar del aire.
Y él no da la canción.
Eres tú.

Y en mi alegría,
y en mi dolor,
me imagino
creyente y creador.

¡Ay! y sé bien
que no soy yo.
Eres tú.

AQUEL GOLPE DE HACHA

Yo recuerdo
aquel golpe de hacha
sobre un leño.

Por la ventana abierta,

mi madre y yo
mirábamos la tarde.

La noche andaba lejos todavía.
Había ese silencio
que hay en la tarde muerta.

Sólo recuerdo
aquel golpe de hacha
sobre un leño.

EL GRILLO

Me buscarás por cielos lejanos. El camino
del aire te abrirá su invisible arboleda.
Yo, entre los tiernos juncos del remanso dormido,
te extenderé mi puente de grillo, en voz nocturna.

Estaré junto al agua, saltando entre la tierra.
lejos de aquellos ángeles donde vas a mi encuentro.
Rodaré entre las plantas, con mi invisible sombra
de música secreta, que va huyendo del día.

Irás por los peldaños
del aliento del campo,
subiendo en la creencia
de encontrarme allá arriba,
y te dirán: no está.

Cuando acaso regreses
al último viaje
de acogedora tierra,
me encontrarás al fin

en un temblor de hoja
que mecerá tu sueño...

Sí, aquí estoy, no ves, yo era el pequeño grillo.

LA HIEDRA

Cuando acercas tus ojos a mi vida,
percibes sólo el familiar remanso.
No ves la hiedra oscura, sin descanso,
subir al muro de mi ser, ceñida.

El agua para ti, canta encendida,
en resplandor de cielo, leve y manso.
Yo, dentro, entre las olas, lucho y canso
mi corazón, por ocultar la herida.

Me miras a los días, en espejo
íntimo de dulzura, sobre el viejo
pan del día de ayer, en amor blando.

Y para ti, mi mal no transparenta
esa sangre de hiedra, fría y lenta,
que al muro de mi sien, ya va llegando.

RUEGO

Ni tú me esperarás. Ni yo he de ir.
Estás en lo escondido
de tu hiedra de cielo, tan lejano.
que hasta tu rostro
no podrá la muerte
alzarme en su marea.

Condenado a seguir desde la orilla
a los que ascienden hasta ti. Mi sombra
da su presencia en el movible mundo.
Apenas sube en luz. Otra vez sombra.

Tal vez no quieras que yo llegue. El campo
aguarda en flor de muerto, mi ternura.
Sobre los infinitos lirios echaré
mi corazón de hombre. Déjame ser lluvia.

Déjame como niebla ligera
por los caminos.
Seré danza de estío para la rosa débil,
como labio de arroyo para la orilla oscura.

Estarán junto a ti los que amaron la vida
y los que la encendieron en heroicos espejos,
los que en duro ejercicio moldearon
el umbral en que se echan perros fieles.

Muerto aún amo la tierra. Despertando
del pecho de una muerta está mi infancia.
Intimo, hundirme
en el enjambre eterno.

Renacer en los ojos de los bueyes.
Con el rojo mastín
ladrar antiguamente a los viajeros
que llegan hasta el humo de las chozas.

¿Qué he de hacer yo en tu fiesta de elegidos?
mi corazón es pájaro de agua
de tus copiosas venas de la tierra.
Piensa en un vuelo más que se ha extraviado.
Ni tu me esperarás. Ni yo he de ir.
Haz de mi muerte lluvia. Echala al campo.

A UNA ROSA

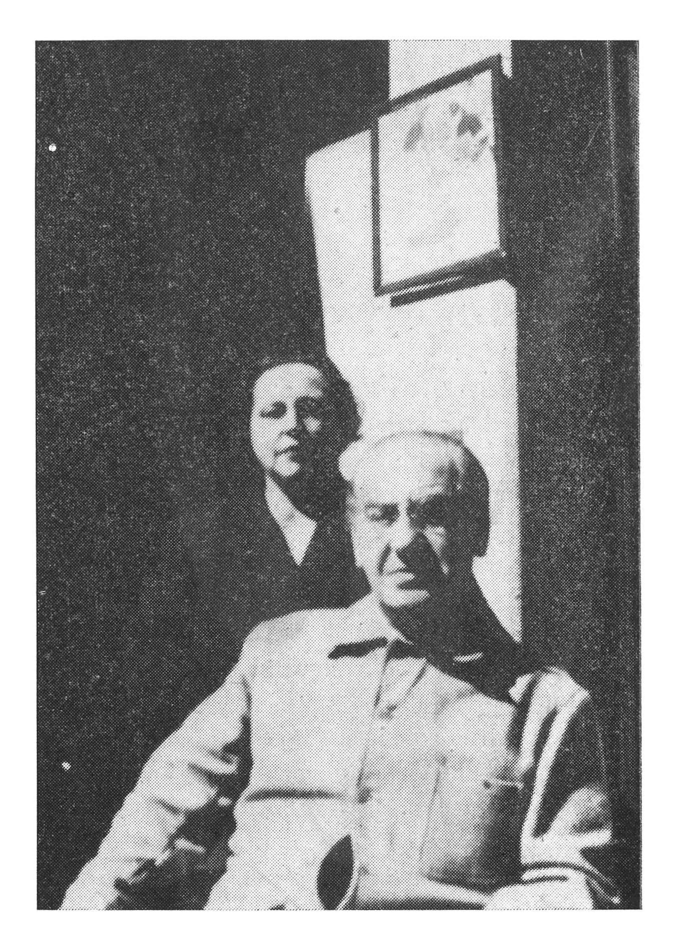
Yo te vi levantar sobre los prados
cuando la alondra estaba silenciosa.
Iba ascendiendo en pétalos dorados
la arquitectura alada de la rosa.

Con sus ojos de un verde ceniciento
entre los juncos de la hora, el valle
se extendía por verte, ágil portento,
de pecho rubio y afinado talle.

Los arcos iris de la madrugada
se hacían puente, para que el rocío,
por tu rubor, vertiera su cascada
de cielo en fiesta, desatado en río.

Un aire azul, de luna, aún en la aurora,
jugaba por la orilla de tu frente.
Para mirarte, con su fina prora
cortaba un pez el agua de la fuente.

La alondra no cantaba. En vuelos asombrados
iba ciñendo brisas de arrullo a tu cintura,
mientras tú, en la rosada soledad de los prados,
te alzabas en un sueño de alada arquitectura.



JULIO J. CASAL
y
Ma. CONCEPCION MUÑOZ XIMENEZ DE CASAL

Recuerdo de Cielo

HE VUELTO A VERTE,
ROSTRO ENTRISTECIDO

He vuelto a verte, rostro entristecido
de mi madre, en la tierna madrugada.
Por el balcón subía deshojada
la íntima voz del gallo amanecido.

Para mis ojos, gusto apetecido,
taza de leche apenas ordeñada.
La luz corría por la piel mojada
del campo, entre la niebla suspendido.

Madre, estás con tus labios en mi frente.
Y volver a ser niño. Aquella fuente
de mi infancia mirarla renaciendo,

crecer tan alto y a su vuelo asirme.
En su amor, en su agua diluirme
Y ya niño otra vez, irme muriendo.

NO MUEVES NI LOS LABIOS

No mueves ni los labios, porque vienes
sólo hablándome en luz. Estoy oyendo

como me dices cosas, estoy viendo
como llegas del fondo de tus sienes.

En tu sonrisa, entre los ojos tienes
todo lo que en la vida fui perdiendo,
y que al mirarte ahora, va naciendo
de ti, para rodearme con su bienes.

Resplandor de tu aliento. La ternura
de tu paloma, como un agua pura
sube de tu silencia a mi latido.

Por tu niebla yo entro en lo callado.
Sé que me hablas sin haber hablado,
sé que eres mía sin haberlo sido.

DULZURA DE ESTA MUERTE

Dulzura de esta muerte
que no me alcanza nunca,
y es río familiar
que corre por mis sienes.
Yo la estaba esperando
desde otra soledad,
y ella estaba escondida.

Muerte,
mi otoño señalaba
tu impaciencia en las ramas desnudas.
Te venía venir
por trasmundos velados
y sentía en mi pecho
asomar tu presencia.

Y no eras tú.
Sospechada en espejos
me miraba tu rostro,
rostro que no era el tuyo.
No hemos amado lo bastante, acaso.

ENTRE DEDOS DE MUSGO

Entre dedos de musgo
desmayada la avispa.
La levanté en el hueco de la mano.
Sentí en la piel un cálido temblor.
Después, una invisible herida.
Hacia el cercano río
la miramos volar
dorada y viva.

El río estaba tierno
de hojas recién nacidas.

———

DISTANTE ALAMO

1950 – 54

(INEDITOS)

PUBLICADO EN 1956

OBRA POSTUMA

Y ANDAS VIVIENDO EN MI,
DESDE LA MUERTE

De tu piedad, olivo, verde el prado
iba surgiendo bajo la colmena
azul del aire. La radiante vena
del río, iba ceñida a tu costado.

Rostro distante, lento y apagado
en soledad de luna y azucena
dándole al corazón blanca faena
tierno ejercicio por lo bien amado.

No sé qué olor a lluvia y a distancia
en gris de otoño, tu recuerdo alumbra
y asciendo a tu trasmundo para verte.

Me da otra vez tu rostro su fragancia
derramando tu amor en mi penumbra
y andas viviendo an mí desde la muerte.

A UN RUISEÑOR

Vacilas ruiseñor, porque en el aire hay blandos
y pequeños enjambres de atardecidas luces.
Aguardas a la noche total, para que ascienda
tu canto hasta la oscura quietud de los pinares.

Yo, desde mi ribera, te miro y te comprendo.
La claridad del día enmudece tu estrella.

Solo para el silencio entristecido
del camino nocturno, correrá azul tu agua.

La luz va adelgazando entre laderas grises.
Está la sombra echando su aliento sobre el mar.
La abeja de la tarde va por la flor del sueño
y un río de violines se desborda en la noche.

VENGO DESDE MI SOMBRA PARA VERTE

Vengo desde mi sombra para verte
Traigo la niebla de mi llanto puro
Se me hace el día de tan triste oscuro
Abierta está mi lámpara a la muerte.

Tú, en la colina de secreta suerte
separada de mí, por verde muro
Yo con mi paso voy, lento, inseguro,
sabiendo que al hallarte, he de perderte.

En mi pecho tu rostro. Sólo siento
tu solitaria nieve de paloma
Y es todo claridad, lumbre y aroma.

No en el dolor, sino en tu voz me guío
y la lejana lluvia de tu acento
me lleva a un cielo para siempre mío.

DISFRAZ

Mas de lo que quisiera voy viviendo.
No seré nunca amado de los dioses.
Pasaron por mis ojos tan veloces
que en mi alta mar, aún sigo sufriendo.

Desde mi soledad, voy aprendiendo
que tal vez al vivir, me nacen goces
de muerte, y disfrazada en luz de voces
me van mentidas sombras sosteniendo.

Me palpo y esta carne no es la mía
Acaso es noche lo que ayer fue día.
Brillando en apariencia y es su suerte.

Arder y no quemar, vivir en río
sin agua, ser de fuego y sentir frío
y en un disfraz de vida, ir con mi muerte.

UNA ROSA BLANCA

Aún le queda a mis ojos, la alegría
de verte abrir, pequeña rosa blanca
en el instante en que del pecho arranca
un pájaro, la tierna luz del día.

Miro avanzar la hora. El mediodía
por breve tiempo en el azul se estanca.
Tiende el espacio agónica barranca
y tarde y noche, luchan a porfía.

Vence la noche misteriosamente.
No se sabe si nace de la fuente
o si baja del cielo. Y en la incierta

y tenue voz que queda de la tarde
en la noche total, una luz arde.
Veo la rosa ya del todo abierta.

NO TE HAS DE IR

No te has de ir. La tierra
está demasiado
bien hecha.

Aprendes de memoria las palabras
de los viajes
y no sabes que para partir
hay que olvidarlo todo.

Miras trenes, y barcos, y palomas.
Ignoras que ellos corren
y vuelan por el mundo
para estar quietos.

Es el mundo que anda.
No es el barco, es el mar
que se mueve. No pasan los viajeros
es el camino.

No vuela la paloma,
es sólo el aire.

No te has de ir. La tierra
está demasiado
bien hecha.

VIEJO RELOJ

No te olvido reloj de la casa paterna.
Tus agujas de acero marchaban lentas, frías.
Friso de golondrinas adornaban tu tierna
madera, en la penumbra de tantos largos días

Tu péndulo dorado, desde su cara eterna
nos miraba callado. Remotas horas mías.
En tu canto gustaba como en una cisterna
todo el sueño del agua de las lejanas rías.

Viejo reloj de España, que nos trajo el abuelo.
Y aquel mar Cantábrico y el candor de aquel cielo,
nos hablaba la fina y olorosa madera.

Me pareces un barco que llegas de tan lejos
y nos traes el aroma de aquellos pinos viejos
anclando en nuestra antigua y familiar ribera.

LUZ DE DOMINGO

Luz de domingo.
Perdida geografía de mi infancia.
Tienes
no sé que aire de inocencia antigua
y el mismo
color de la memoria de mi madre.

El hombre del farol tendía un oro
de margaritas en la plaza.
Te caía en el hombro
la sombra de una acacia.
La noche iba distante
encendiendo ventanas.

Sin levantar los ojos, una estrella
sola, entre nubes, miro.

Y se nos va la vida,
y aún estás en mi sueño
luz celeste, lejana de Domingo.

ANTOLOGIA

PROSA Y POESIA

ROSALIA DE CASTRO

Canción y paisaje

La geografía lírica del siglo XIX quedará en nuestra devoción con el resplandor de tres nombres: Jacinto Verdaguer, Gustavo Adolfo Bécquer y Rosalía de Castro. Mar Mediterráneo, agua desnuda y casta de Sevilla, olor de pinos y rías gallegas. Quedémonos aquí, en esta vaga y al mismo tiempo profunda vibración del paisaje de la desventurada sombra que quiso iluminarnos de "cantares".

Decir canción y Rosalía de Castro es lo mismo. En la voz de la creadora de "Follas novas" alienta el estremecimiento de la música popular. Hay en esa música y en esa voz, algo que se desliza sobre el agua, una niebla celeste que llega hasta la tierra y no está en la tierra. Música y canción que aún en los momentos en que el dolor y la gracia parecen hechos para el campesino, tiene yo no sé qué exigencia de mar, qué afán de tener los ojos y los labios siempre puestos en la proa de las olas lejanas.

No podemos olvidarnos de la canción gallega. Se nos viene desde saudosas distancias, ganándonos el corazón. Ella encuentra la nota justa, la palabra insustituible. Nadie como ella sabe correr y saltar por las colinas de la emoción.

Con su fulgor vivo y rosado, nos mira desde la primer alondra del día.

Cuando ella pasa, la montaña se aroma de luna, y el robledal para escucharla cobija adormeciéndola entre sus brazos, la cabeza desnuda al viento.

Sólo de un pueblo y de tal mujer puede brotar tal canción:

Meu corazón e unha rosa,
unha rosa de cen follas.
Cada folla e unha pena
que vive apegada a outra.

Es necesario sufrir despierto de mar, estar hecho de la levísima esencia del paisaje, para que la voz se clarifique con tal dulzura. La canción gallega, ella era dulce a Rosalía. Muchos cantares que son de todos, cuyo creador se ignora, fueron arquitecturados por ella misma.

¿No es la misma Galicia, sufrida y recogiendo la imagen de su raza, la que sueña?

Todos saben a auga q'eu bebo
Pero non saben a sede q'eu teño.

Es el gaitero —dice el poeta— que está acunando la gaita sobre su propio corazón. Ritmo de gaita gallega, que ya en el siglo XVII, como nos recuerda Trent, al hablarnos de su música en España, fue adaptado por los poetas cultos y usado por Góngora y por el propio Calderón en sus comedias de misterios y autos.

Música que tiene algo de brujería, de encantamiento lunar:

A muñeira-e medio meiga,
o muñeiro-e meigo enteiro...

Recuerdo que íbamos dentro del paisaje. En la

crepuscular y roja llama de un otoño inédito, ardía la última hoja del árbol de la tarde. Volteaban los molinos el mejor oro de la luz. En oleiros, trepando por el valle de Miraflores asomaba una canción. Nunca he podido olvidarla. Toda ella se había nutrido con la sangre del corazón de su tierra. Tierra que cuanto más sufre, más canta, y si el dolor crece, más claro y alto es su acento. Comprendí el destino de Galicia:

Carriño que canda cantas
e cando levas mais peso...
Moita carga levar deve
meu corazón cantareiro...

Como el ruiseñor a quien ciegan para que cante mejor, parece que hubieran escogido esta tierra, espinándola con todos los sacrificios, crucificándola en largos desvelos, para que así, por los ventanales de su canción, la voz brotase más diáfana, atrapando en su música la recóndita vibración de la poesía.

Transformemos un poco, una antigua expresión de Alfonso Reyes para definir a Rosalía: "¡Qué pena tenía aquella mujer cantando!" Ya en el prólogo de "Follas novas", Emilio Castelar habla de la ternura que se mezcla con la tristeza, la luz con el misterio, la inspiración y el estro con la verdad, formando un conjunto de tal suerte nuevo, original y suyo, que no se cansa de admirarlo el entendimiento, fatigado por lo convencional y arbitrario de artificiosas escuelas que se empeñan en resucitar lo pasado, muerto para siempre, o ya repetir pasiva y fotográficamente la impura realidad.

Rosalía siente y sabe expresar lo sentido. "¡Qué pena tenía aquella mujer cantando!" ... "No podéis

menos de llorar cuando se despide de sus prados, del claustro donde tantas veces ha gemido, de los montes negros, plateados por la alborada que brilla en el Sar y en la Sarela, de la pardas torres metropolitanas destacándose en las inciertas lontananzas...".

¡Adiós montes e prados, igrexas e campanas!,
¡adiós Sar e Sarela, cubertos de enramada!
Conxo, é d'o craustro triste y as saudades prácidas!
San Lorenzo o escondido, cal'un niño entr'as ramas,
Belbis pra min sempre o d'as fondas lembranzas,
Santo Domingo, en onde cantonu quen descansa.
...E vos tamén, sombrizas paredes solitarias
que me vides chorares soya e desventurada...

...que la vieron llorar con aquel llanto suyo, sin tempestad ni lágrimas.

Ella era una cosa pequeñita, diluída en un ángulo de amargura. Desde él sentía toda la multitud del mundo. Por su entraña de sombra, su luz andaba descalza, preguntando:

¿Qué pasa oredor de min?
¿Qué me pasa qu'eu non sei?
Teño medo d'unha cousa
que vive e non se ve.
Teño medo a desgracia traidora
que ven, e que nunca se sabe onde ven.

Aquel descontento de la muerte, de la "aguda espina dorada" que pone su aire eterno en la luz de Antonio Machado, ya lo sentía ella, cuando era el desasosiego de su barro mortal, viajaba en la meditación de su verso:

Un-ha vez tiven un cravo,
cravado no corazón, y eu non m'acordo

xa s'era aquel cravo
d'ouro, de ferro ou d'amor.
Soyo sei que me fixo un mal tan fondo,
que tanto m'atormentóu,
qu'eu dia e noite sin cesar choraba...

Sólo sabía que le sabía hecho tanto daño "un mal tan fondo" que lo arrancó de un golpe... Después ya no sentía más tormento, ni dolor. Y tuvo soledades.

Tres grandes poetas: Bécquer, Machado y Rosalía han echado a volar el anhelo de recuperar el dolor o el amor, cuya ausencia no les dejaba sentir el corazón. Allá en el sueño, deben haberse encontrado los tres gritos quemantes, el que partió de la andaluza rama entristecida, el que avivó, al ascender su vuelo, la tarde gris del chopo castellano, y el que desde el pino gallego, se alzó en la luz, ya en carne dolorosa, sacudida por el drama más íntimo de la desesperanza.

Campanas de Bastabales,
cuando vos oyo tocar
mórrome de soedades.

Rosalía, que vive inclinada sobre la orilla de las pequeñas cosas natales, hace de su vida y de su obra sendas para irse, con una, lejos de sus campanas íntimas, con la otra, hacia los mares de lo universal. Ella, labradora de su propio campo, hundida en él, lo abandona, y quedando en su tierra, es la viajera que huye.

En la paloma del pecho se siente el arrullo de todas las distancias. Más entre las brétemas familiares, o en climas lejanos, es siempre el viajero que huye con su propio paisaje. En toda su poesía se le ve andar con el corazón desnudo, sin más hábito que el de su mar, ceñido por el cordón brumosamente verde de sus montañas.

La influencia del paisaje gallego da a su drama cierto matiz de dulzura, envolviéndolo en una milagrosa lágrima de niebla.

Orballo silencioso que no la abandonó nunca porque aun cuando estaba entre los suyos, como todo gran poeta, era "extranxeira n'a sua patria".

Siempre muriéndose de soledad y pena.

Teño un mal que non teu cura,
un mal que naceu conmigo.

Mal que lleva ella por toda la tierra, porque sabe que "toda la tierra es de los hombres". Es el destino, el suyo, el de sus gentes.

Este vaise y aquel vaise,
e todos, todos se van...

Se va como todos, para quedarse cada vez más sola.

Cala rula, os teus arrulos,
ganas de morrer me dan...

En vano le alcanza a veces el mundo un imperceptible temblor de dicha: no lo siente, es tan honda y no deja sitio para nada esa pena,

Que leva garda n'o peito.

Sueña, abandonada, con esa tristeza dulce que brotaba de su pecho, frágil y pequeño, hasta cubrirle el hombro.

Así como Antonio Machado alza en su acento la austeridad de la reciedumbre de la tierra castellana, en Rosalía de Castro vive la agarimosa y sutil niebla de Galicia.

Sabe crear una sensación intensa de su paisaje.

Nuestros escritores en su mayoría son traducidos del francés o viajan a lomos del romance español...

En toda la obra de Rosalía de Castro se ve Galicia. Se diría que Galicia ya no existe sino en la llama de su poeta.

Nosotros la vemos con la dulzura gris de su melancolía, en el sortilegio de su decir. Rosalía es al mismo tiempo que el paisaje, la garganta por donde sufre y habla su pueblo. Las cosas humildes, la dulzura de los motivos cordiales, todo aquello que canta en el alma del pueblo, quedará eternizado en su obra. Porque esta mujer, que es el silencio y la soledad, es también el destino que padece y trabaja.

En Rosalía de Castro, que ha llegado a dar a su verso, la actitud encendida y al mismo tiempo recatada de los que rezan, hay también un encanto de danza al atardecer, cuando la sangre del amor incendia las mejillas de la romería. Ella tiene también su mes de mayo, sus pasajeras nubes,

"verdes velados con sus altos loureiros"

...sus caminos blancos sembrados de violetas, cubiertos de emparrados. Pero el dorado temblor de su risa, de su burla por las cosas y seres, conserva siempre el resplandor inasible del robledal silencioso. Danza su canción, desde luego, mas como en el grito del joven héroe, "va con su alma de bailador, predestinada al baile de la muerte". Así es como en el momento más claro y bullicioso de su adaptación a la fiesta, que nunca es alegría, sueña en ser rosa, "porque non ten fame a rosa".

Ya está otra vez el descontento, la señal del que no puede huir de la forma viva, que siente la sed y el hambre de la condición humana. Es que ella nunca pudo alejarse del horizonte de injusticia y dolor que la cercaba.

Como Cristo, supo reír y alegrar los caminos, mas como él, ya sabía que con alas o con pie firme, tarde o temprano, se daría abnegadamente a la verdad de su destino. En vano quería resonar su cigarra, en aturdidas hogueras de esmaltes jubilosos. Del fondo del cantar ascendía el lirio herido por el conocimiento de la vida.

Negra sombra anubrou de repente
meus ollos asombrados...

Es que ella no puede quedarse en el olvido de los puentes fáciles. Su tristeza, su espontaneidad, la están llamando a todo lo que se mueve en función de tierra. El signo de donaire queda borrado por el olor de sombra que ahoga los hogares. Es que al miedo de su pregunta le han respondido: "Si al pobre hombre ya le han vendido los bueyes, las vacas, el carro y hasta...

o pote d'o caldo
y as letras que tiña".

Siempre, aún desde los espejos claros, su realidad no puede dejar de reflejar fielmente la memoria de los que en su desfallecimiento buscan la comprensión y la inmortalidad de sus cantos: esa fue su más reluciente virtud.

Hablar de Rosalía de Castro, ir por el hilo de agua

de su poesía, es acercarse al río de los hombres que un día han de ser libres, es acercarse al pueblo.

Llueve. Las riberas callan ancladas en su sueño verde, adormecidas en el aire creciente de la hora. Dejándose morir en la confidencia de su sueño más profundo.

Descalciña de pe e perna...

Rosalía va desde Santiago a Padrón, como si dijéramos desde el nacimiento a la muerte. En su rumbo ya está la flecha del destino abriendo su pecho, en teñidos cristales de amapolas. Y toca a su fin la verdad, con la llama indecisa de la carne. Las riberas despiertan. Se han puesto a viajar con la voz de la mujer que al irse dio el rocío de su espíritu, crecido y solitario.

De la vaguedad y el misterio de Galicia nació Rosalía de Castro. Nada más natural que ella se reintegrara en su cuna de nieblas, a la morada que le dio nacimiento. Siempre que mis ojos recogieron el misterio del pulso, del aire íntimo y velado de los campos gallegos, yo he sentido incinarse sobre mis sienes viajeras, como aliento de trigo y fuerte aroma de mar, el rostro verdadero y conmovido de Rosalía (1).

---

(1) Conferencia dictada en la Universidad de Montevideo y reproducida en "El País" 12|dic.|954.

ANTONIO MACHADO

Hombre sencillo. Dentro de estas dos palabras estaba todo Antonio Machado. Al estrechar su mano sentíais a Castilla, grave, serena y ancha. Sentíais la mano del campesino, fuerte y profunda como la misma tierra a la que supo entregarse. Ya lo presintió en su canción:

"Nosotros exprimimos
la penumbra de un sueño en nuestro vaso,
y algo que es tierra
en nuestra carne, siente
la humedad del jardín como un halago".

La tierra ha entrado en su corazón y en su vida. Por ella no ha dejado de cantar nunca. Y no ha sido el asombro del amor, como a Rilke, que lo encendió en el canto. Ha sido el mismo amor que lo ha hecho cantar.

Antonio Machado, sin perder nunca la firme serenidad de su vida, era un hombre de pasión. Por eso estuvo siempre en la verdad. José Bergamín, otro gran poeta de la España inmortal, asegura que las pasiones en el hombre siempre serán verdades. "Porque la imaginación misma ¿qué es sino una verdad más hermosa?"

Antonio Machado es uno de los más grandes poetas del pueblo español. Y es el poeta de Castilla. En él se alza la austeridad y la reciedumbre de la lírica castellana. Nadie ha dado una vibración tan exacta de su paisaje. Y no es que él los copiara. Era el paisaje

que bajaba hasta él, y después volvía a nacer en él.

Nuestros escritores podrán ser de cualquier parte. La mayoría están traducidos del francés, o cabalgan a lomos del romance español. Modernos o antiguos. Todo depende del trote que lleve la cabalgadura. En toda la obra de Antonio Machado vive Castilla. Se diría que Castilla sólo permanece en la obra del poeta. Nosotros la vemos en

"las tierras labrantías
como retazos de estampas pardas",

y en casi todos sus versos. Los caminos de sus sueños están hechos con los álamos del río, las calvas sierras y los oscuros encinares de la tierra que él siente como ninguno.

"Campos de Soria
donde parece que las rocas sueñan".

Sólo quien encontró en Castilla, la humildad, el orgullo y la tristeza de su misma vida, pudo cantar:

"Converso con el hombre que siempre va conmigo
Quien habla solo espera hablar a Dios un día".

Alta colina viva, le llamaba Benjamín Jarnés. El inquilino de la soledad, pudo haberle dicho Ricardo Tudela. La soledad y la colina, dos costas de silencio, dos ríos de meditación.

La obra y el nombre de Antonio Machado al elevarse y alejarse de estos días, irán adquiriendo —como en el exacto y bello decir de Emilio Oribe— la escultura perfecta que sólo saben modelar ciertas olas del tiempo.

(Publicado en Boletín de AIAPE y recogido por "Norte" Salto, Uruguay, abril de 1946.

Antonio Machado, que fue uno de los más generosos animadores de ALFAR, vuelve a vivir entre nosotros, allegando su presencia a esta razón de lucha con que aspiramos a levantar el tiempo de nuestra obra.

Desde Santiago de Chile, sus hermanos nos traen en conmovido espejo evocador, aquella distancia —oscuros encinares— que anduvo siempre por entre el ceño distraído del poeta.

Estás aquí, a nuestro lado, igual que ayer, "ligero de equipaje", en tu función de hombre siempre dispuesto a echarse en la ola de lo desconocido, no para empezar tu vida más allá de las riberas habituales, sino para continuarla sin desdoblamiento ni transformación, con la misma naturalidad del que nunca se alejó del sentido de su mundo de cosas vistas, y más que llegar, retorna al secreto de lo que ya conoce. Porque en el empeño de acercarte a tus muertos, sentía el oído el pulso de tu destino, y tu juego más entrañable nacía de tu inclinación familiar al enigma.

Juan Ramón Jiménez, el poeta de soledad y desnudez más grande de España, desde su destierro nos recuerda como Antonio Machado "no quería ser reconocido, por si o por no, y por eso andaba siempre amortajado, cuando venía de viaje por los trasmuros, los pasadizos, los callejones, las galerías, las escaleras de vuelta, y a veces, si se retardaba con el mar tormentoso, los espejos de la estación, los faros abandonados, tumbas en pie".

Despierto en tu definitivo sueño, como —aún desbordada de cielo humano—, tu sangre anduvo dormida por tu apariencia de vida en el mundo, ya no podrás desgastarte nunca, porque tu carne se mueve en el au-

téntico pliegue de tu fantasma, y alientas desde el dorado pecho que a tu piedra de otoño da la eternidad.

Hoy, inclinándonos sobre el espacio de tus poemas —lejana geografía de mi infancia— torna a ennoblecer la sien de nuestra aventura, el rumbo preciso que supo señalarnos tu vida, y esta memoria de cielo levantado y limpio, que nos dejó el ardimiento de tu muerte.

(ALFAR, Nº 80, 1942).

Nota: Estos trabajos, junto con otros similares que no se han conservado, formaron el núcleo de la conferencia sobre "Antonio Machado" que fue pronunciada en diversas ocasiones de homenaje al poeta español.

GABRIELA MISTRAL

Gabriela Mistral nos habló de los Motivos de San Francisco. Su palabra era un Motivo más. Algún día cantaremos este sano campo de su palabra, en donde crecen las hierbas sencillas de la emoción y en donde se abren los cielos de agua de la humildad. Del campo de su palabra, asciende el puro aliento de la vida: un buen olor a miel, a verdad, a belleza...

Frente al paisaje de sus plegarias líricas pensábamos con Pedro Leandro Ipuche, que es Gabriela Mistral:

"Una mujer que tiene a Dios en las entrañas,
que no es mujer, ni carne, sino cosa de Dios.
Desde la anchura áspera de sus bravas montañas
ha echado sus honduras por la cruz de su voz".

En Gabriela Mistral, lo que es mujer, se va convirtiendo en madre. Como su santo, ríe desprendiéndose de todo lo que puede halagarle.

La sencillez le va dando profundidad. En esa recóndita alborada de su espíritu, ella ha hecho un regazo de ternura, para todas las frentes doloridas. De sus manos, de sus ojos, de toda ella brotan las canciones; esos columpios en que suele mecer la alegría de los sueños infantiles.

Los Niños. Para ellos suplica la canción de la Maestra: "Señor dame que alcance a hacer de una de mis niñas, mi verso perfecto y a dejarte en ella clava-

da mi más penetrante melodía, para cuando mis labios no canten más".

No sé que filósofo cuenta, que un grito de angustia, hace que una madre despierte sobresaltada a media noche. Y después de ver que los suyos reposan tranquilamente se vuelve a dormir exclamando feliz: ¡Ah! no es en casa! Maravillosa túnica de egoismo, tejida con hilos de emoción y sobresaltos, para abrigar al hijo. Pero Gabriela Mistral quiere ser madre de todos los pequeños que no tienen madre. Sus versos se arrodillan pidiendo por todos los desamparados.

Señor:
Desvía el vidrio de la helada
y las guedejas de la lluvia".

A estas horas el corazón de su palabra estará latiendo en el claro bullicio de su escuela.

Los pájaros de sus ojos ya habrán derramado la música de su vuelo por entre el aire azul de la inocencia de sus niños.

En el patio de su colegio su sonrisa saltará también alborozadamente. Más que toda la literatura, en cuya cumbre resplandece, la vibración de su nombre, ella prefiere su escuela y sus pequeños.

Yo recuerdo que cuando sus manos, no podían hacerlo, sus miradas iban tejiendo abrigos para todos los niños pobres y humildes de la calle.

De la lámpara del espíritu de esta poeta brota una de las llamaradas más intensas de la lírica española.

Para Gabriela Mistral no es una razón suprema el surtidor gorjeante de su poesía. Ella no quiere ser más que madre. Nada más que eso: una Madre.

(Enero, 1925. Alfar, Nº 46).

Poemas de Gabriela Mistral

LA ROSA

La riqueza del centro de la rosa
es la riqueza de tu corazón.
Desátale con ella;
su ceñidura es todo tu dolor:
desátale en un canto
o en un tremendo amor.
No defiendas la rosa:
¡Te quemaría con su resplandor!

DOBLE TESORO

Tengo la dicha fiel
o la dicha perdida:
la una como rosa,
la otra como espina.
De lo que me robaron
no fui desposeida:
y la dicha perdida,
tengo la dicha fiel
y estoy rica de púrpura
y de melancolía.
Ay! que amante es la rosa
y que amada la espina!
como el doble contorno
de dos frutas mellizas
tengo la dicha fiel
y la dicha perdida.

LA MANO

Se ha secado mi mano
y la aceituna negra en el verano.

como en la áspera siesta la resina
Y no sostuve en ella
la guirnalda goteante de la dicha
ni la horadó el amor como una estrella
y la dejó caer dura e inerte.
No alzaré en ella frutos coloreados.
(Recójanla los cestos de la muerte).
No sostendrá la copa luminosa
ni la frente de un hijo.
(Recójanla los cestos de la muerte).

Florencia, 1924.

(Palabras pronunciadas y poemas leídos por Julio J. Casal en la "Reunión de Artesanos" en La Coruña, enero de 1925 en la presentación de Gabriela Mistral con motivo de su disertación sobre "Motivos de San Francisco").

Carta a Gabriela Mistral

Estás entre nosotros, Gabriela, y tan ausente.
Un círculo de fácil lisonja te ha escondido.
Más nosotros confiamos que alzarás el vuelo
volviendo a nuestra tierra de verdad del espíritu.

Te ensordecen tediosos, turbios coros de grillos.
Y tú de pie, entre todos, solitaria y doliente,
con el oído virgen hacia el rumor lejano
de los hombres que esperan poder hablarte un día.

Nada tienes que hacer entre muertas palabras...
y entre los entorchados de los largos discursos.
Tú eres la campesina —de campesinos vienes—
y no hay ningún lenguaje, como aquel de la tierra.

Tú que sabes hablar con la espiga y el agua
y a Jesús te allegastes dándole los caminos
de tu poesía, nunca detendrás la mirada
sobre el paisaje triste de torpes mercaderes.

Estás entre nosotros, y te muestras lejana.
Entre las zarzas frívolas se enredó tu vestido.
Déjales el ropaje de tu nombre, y desnuda
ven hacia nuestra tierra de verdad del espíritu.

JULIO J. CASAL

Montevideo, 1937.

A la muerte de Juan Zorrilla de San Martín

Cuando un poeta muere, ondula hacia el azul
un abejal de espigas.
La alborozada luz de las nuevas simientes,
entre los surcos brilla.

El sembrador ya está entre las estrellas.
Para que repose, le brinda sus hombros
de color, el campo.
Y el agua, en su espejo le ofrece descanso.

Ya llegó a su tierra, ya está entre sus árboles.
Para él extienden canciones de brazos,
la brisa, los pájaros!

El cristal opresor de la frente,
ya ha dado libertad a su sueño. Ya todo
vibra en otra voz, es la voz del poeta.

Mirad, mirad la luz como se diafaniza,
como se forma blanda,
más musical y limpia.

El campo ha despertado en notas nuevas.
Cuando un poeta muere, da nueva vida
a la naturaleza!

El pueblo que dormía, ya despierta.
Y todos somos uno, uno solo que trae el corazón

entre los labios,
como sagrada y milagrosa ofrenda!

El impulso latente de la raza,
aquí también está, junto al poeta
que hizo vivir su obra,
como la mar sin límites y eterna.

No veis a Tabaré que se levanta del recuerdo
y que llega para llevar al sueño del creador
el homenaje de la raza muerta?

No lo veis, ahí está, en todos nosotros
se ha despertado y tiembla,
el indio bueno de mirada azul
que en este instante, todo hombre lleva!

Cuando un poeta como este muere, desde la historia
cabalgando vienen,
las sombras de los hijos más gloriosos,
y se acercan
para incendiar el aire con su aliento.

Mirad, las nubes blancas y el azul del cielo.
Y aún siendo tarde nuestro sol espera,
desde lo alto para el sembrador
da su mortaja en luz, nuestra bandera!

Cuando un poeta como este muere, el alma
de la raza se hace nueva!

(Inédito)

A Delmira Agustini

Busco un fondo de cielo para verte,
una fecha de plazas y jardines.
Y siento como sube por la tarde
la arquitectura fiel de tu memoria.
En tu lección de álamos y fuentes
va amaneciendo tu perfil de niebla.

Estás jugando a ríos. A la ola,
baja la nube su semblante oscuro.
En la confianza de tu agua estamos.
Ternura de este amor por donde llegas.

Para esperarte el corazón asciende
por prados de garganta,
tendiéndole sus juncos la ribera.
Aquí estás con la alondra de tu sangre,
volando de la herida de tu pecho.

Ibas, en tu nieve nocturna,
desde tu luz primera,
creciéndote tu noche.

Asistida de pena,
inundada de luz,
sin límite de amor
o borrada en el sueño,
única,
diversa.

Viene el fuego:
te recuerda.
y tu "rosa de labios"
vuelve a sentir el aire.
Tu desnudez,
levanta la inocencia
de su hermosura herida.

En el canto amanecen
los ojos grandes, claros de tu noche
y aquella soledad
sombría de azucena.
En tu boca
su huella
torna a encontrar la llama.

En el rocío de tus hojas
se reconoce el llanto.
Llegas en tu sentido,
en tu mirada, exactos.
Fiesta de brasa y sombra.

Ya está amor esperándote.
Y tu carne conmueve
su raíz.
En lo hondo,
en el regazo de la tierra,
venas de ruiseñores
aún retienen tu canto.

(Poema leído en el homenaje tributado a la poetisa en la Universidad de Montevideo, el 6 de junio de 1944 al cumplirse el 30º aniversario de su muerte).

Julio Herrera y Reissig

Es con esa mano sobre el pecho, como en las figuras del Greco, que Blanes Viale nos ha dado la exacta presencia lírica de Julio Herrera y Reissig.

Es necesario echar de una vez por tierra, la consabida historia de que su gloria mayor fue despertar su país a los refinamientos literarios del mundo. Ya tenemos la defensa de Rubén Darío: "Era un artista exacerbado, e influyeron en él, los ejemplos de los poetas europeos, en quienes él reconocía un parentesco ideal, y con quienes los unía la misma enfermedad anímica, para, en sus vacilaciones, luchas, debilidades o ímpetus psíquicos, recabar una fuerza dinámica, o un derivativo en la rebusca de los paraísos artificiales... lo que conozco de su producción revela una cultura que no se circunscribe a la célebres modas refinadas...".

La mano sobre el corazón, atento a su sístole y su diástole. De las dos voces del poeta, nosotros no nos detuvimos demasiado tiempo, junto a la que desplegaba sus exóticas pasamanerías de color. Estuvimos siempre con la otra, la que creaba las glicinas de "El Monasterio", encendía "La estrella del destino", o se hacía con su rosa claro, "La sombra dolorosa", el camino de las lágrimas:

La sombra dolorosa

Gemían los rebaños. Los caminos
llenábanse de lúgubres cortejos;

una congoja de holocaustos viejos
ahogaba los silencios campesinos.

Bajo el misterio de los velos finos,
evocabas los símbolos perplejos,
hierática, perdiéndote a lo lejos
con tus húmedos ojos mortecinos.

Mientras unidos por un mal hermano,
me hablaban con suprema confidencia
los mudos apretones de tu mano,

manchó la soñadora transparencia
de la tarde infinita el tren lejano,
aullando de dolor hacia la ausencia.

El estuvo siempre, desde la tarde infinita de su tedio, frío y provincial, deseando irse, no importa a donde, como en el verso de Rimbaud.

Los gobiernos que no aciertan a reconocer el valor de los hombres sino después de muertos, no quisieron comprenderlo y lo dejaron morir en medio de la más terrible incomprensión e indiferencia.

El amaba Europa, como si ya fuera su casa antigua. Su afán de huir, se deshizo "como terrón de barbecho bajo la lluvia".

Los países exigen representación comercial, hombres cuerdos y prácticos: Julio Herrera y Reissig no servía. Tenía demasiada vocación de cielo.

Cuando Pedro Salinas nos dijo que en poesía hay que dejar que corra la aventura, con toda esa belleza de riesgo, de probabilidad y de jugada, parece que nos estuviera definiendo a Julio Herrea y Reissig:

"Iluminación, todo iluminaciones, que no es lo

mismo, que claridad, esa claridad que desean tantos honrados lectores de poesías".

Vamos un poco lejos del creador de "Los Parques abandonados", y sin embargo no estamos en desacuerdo con su manera de cantar. Es que su lirismo nos arrastrará siempre porque perdura en él aquella "angustia dominadora de eternidad" que quería Juan Ramón Jiménez.

Podría muchas veces, como apunta uno de sus críticos, "padecer la epilepsia de la metáfora", pero siempre su novedad —recordemos a Blanco Fombona — "era una fobia contra el lugar común". No era el deseo de asombrar, era la voz que huyendo de la cosa aprendida, crecía con un rumor desconocido y por lo tanto, a veces desconcertante.

El barroco no le daba policromía ni oratoria para animar sus esculturas. En él lo barroco, venía de adentro, no para ser un simple adorno, sino como una niebla de sueño, que llevaba a la colina del verso, por más fuego que tuviera, un gris de álamo y un bajo relieve de palomas hacia el otoño. En sus poemas lo barroco no se deshacía en gritos: meditaba.

El poeta de "Los Peregrinos de Piedra", escondió para muchos, entre los resplandores de su fanal, el fuego interior. El festón de espumas extrañas, no dejaba ver el mar. Su originalidad se alzaba como:

"la alameda que nos impide ver el infierno".

Su sima de tan honda simuló espejismo. Es que era difícil entrar en su niebla. No hubo entre nosotros, llama más pura, ni sueño más encendido. El quería cansarse de volar nubes, de aligerarse con los pájaros, pero el vuelo y el cansancio le salían del pecho. El dolor fue una de sus faenas habituales. Lo entretuvo a mo-

mentos con músicas de color que nadie había sentido todavía. Pagó bien sus escándalos de música, pasando para todos, nada más que como un orfebre de la canción. Pocos vieron su sangre derramada hacia adentro. Yo veo en su voz, la falsa luz de los espejos, es cierto, pero también el polvo humano y silencioso, de los que se agotan en el sudor caliente, pesado y doloroso de las minas.

Vicente Basso Maglio

Hace años, cuando apareció la "Canción de los Pequeños Círculos y de los Grandes Horizontes", desde "La Nación", de Buenos Aires, señalamos la obra extraordinaria de Basso Maglio .Nadie, a excepción de Herrera y Reissig, levantó tanta resistencia. El poeta decía las cosas con una voz única por lo nuevo. En donde se creaba originalidad, se veía misterio y desorden oscuro. Por eso dijimos: La alegría de andar libre le cuesta, al poeta, una casi justa incomprensión.

La desnudez asombra y desconcierta. Su transparencia sube tan a la superficie del pozo lírico, que no se le ve. Hay todavía la costumbre de apoyarse en el brocal de la frondosidad, para mirar el fondo.

Afirmábamos con esto, que así como el espíritu se hermetiza en la depuración de sus medios expresivos, no en su sentido creador, la forma toma casi siempre la derivación rutinaria que Verlaine llamó "literatura". Pero en la poesía que analizamos los ojos tienen que esforzarse de pureza, en descubrir la música que estamos oyendo, concretar la percepción espiritual.

Porque aquí estamos en la libertad de expresión

y, para nosotros, libertad de expresión es la única poesía consciente.

Oigamos la canción de su rueda lírica. Viene empapada con el rocío de las grandes jornadas, nos sorprende con los ojos de sus ojos plateados de ternura.

Trae el profundo color de la noche cordial y llega soportando el carro de la emoción más pura. Aquí está la "Canción de la hora de partir". Con qué dedicación los

"tapiceros finísimos como músicos:
endulzan mares viejos".

Y el sentido de la libertad en esa:

"clara meditación, frescura de la vida".

y la lograda madurez con su:

"tenacidad de trigo, ya sonoro y profundo".

Sus libros no pertenecen a ninguna modalidad. El poeta ha creado su escuela. Pero afortunadamente, no nace con él una nueva poesía americana, porque lo que en él es verdad, en otros sería retórica.

Su luna es de todos los cielos y su clarín es de todas las selvas. El poeta será a pesar suyo, para la minoría; la mayoría queda saciada en la sensualidad del artificio. El poeta verdadero habla con Dios. Y para comprenderlo, es necesario conocer su lenguaje. Por lo general, el creyente reza y no ora a solas, del modo que quería San Mateo, no habla con Dios. Envía el mensaje de su plegaria. Eso es todo y nada, Basso Maglio, tiene la voz iluminada por el relámpago del más allá. Estamos frente al poeta místico. El hondo y largo mar del misterio se desdobla por la cuenca de la mano de su imagen, el sentido de sus símbolos está

creado con la sustancia de una ansiedad lejana. El dice a su guía:

"La meditación sobre la eternidad, aplacará el rencor de mi espíritu".

Aquel, "escribo mis poemas como en un sueño", de Goethe, podría aplicarse a Basso Maglio. Su paisaje lírico se asoma al espejo de lo soñado. Solamente los ojos del éxtasis pueden descubrir en la naturaleza una escondida musicalidad y la diáfana vibración de los matices inadvertidos. Su "Canción" hace balancear la madura espiga del misterio. La cigarra sueña y el trigal se va hacia las constelaciones, porque así lo entiende la poesía el crecimiento espiritual.

Siguiendo a la "Canción de los Pequeños Círculos y de los Grandes Horizontes", han aparecido "La Expresión Heroica" y "Tragedia de la Imagen". Con ellos, la crítica americana adquiere un nuevo valor. Libros palpitantes de emoción, bajo cuya piel se ve circular la sangre de la verdad. Reacción contra el ambiente y contra los tradicionalistas, porque la tradición es el pasado de las costumbres, la historia de lo rutinario. La protesta de los que no admiten la renovación, que es el retorno al valor puro de la vida, ha sido el mejor anuncio de estas obras.

Su última producción, "Una noche despiertos", ha sido llevada al teatro. Ese mundo suyo, desenvuelto hacia un camino de libertad, está dado en poemas de imágenes nuevas y conceptos de honda esencia espiritual. Probablemente, si se entiende por obra teatral eso a que el público está acostumbrado, el desacierto de Basso Maglio sería evidente. Pero no olvidemos que lo teatral no sólo admite en su definición el aparato, la actitud, el movimiento, el diálogo. Da entrada tam-

bién, a la cosa expuesta a la estimación o a la censura universal. Y nada más hermoso ni más valiente que estos hombres que encuentran su alma en los ojos de las bestias, nada más puro ni más intenso que estas madres en cuya voz se quema la monotonía tradicional.

Basso, ha querido que, así como la novela para ser perfecta tiene que realizarse en función poética, el teatro también, para terminar de una vez con las viejas concepciones sentimentales, debe asentarse en verdaderas raíces de vida, ya sin decoración familiar e inmersiones en los diálogos conocidos. Y saber levantar su cuerpo en la arquitectura del poema. El viejo teatro se ha encontrado frente a un escritor que ha prescindido de la vieja picardía y de los tan usados privilegios a que recurrió siempre el oficio. Ya va siendo hora de terminar con las eternas y consabidas condiciones del dramaturgo. Por lo general, la mayoría de las obras teatrales, atraen por un mismo color, sabor y forma. En la escena triunfa todo aquello que va buscando el efecto del público y acierta a mostrar un rostro decorativo, en una palabra lo que va por juegos de espectáculo. Cuando aparece un hombre, que se acerca al espectador con palabra desnuda, éste podrá conmoverse, pero no lo dice. Hubiera preferido recoger la idea en frases perfectamente modeladas y poner la atención tontamente bajo la gárgola derramada en lluvia de diálogos palpitantes de anécdotas.

Cuando un hombre, duro y tierno, que no blando y amargo, llega a decir sin ruídos el dolor de humanidad y el resplandor de dicha que le andan por el pecho, es entonces que, para nosotros, se hace el milagro que viene a remover la gastada tierra con tanto tránsito tradicional, y el teatro entra en un nuevo camino de

madurez, que no da el oficio, pero sí la frente que brota desde el barro, aclarada con el júbilo que sólo da la sabiduría de la humildad.

El público no quiere poesía porque no cree en ella. Le falta fe. Prefiere el poema con intriga, es decir, ya el poema colocado en segunda categoría. Y este de Basso Maglio, que está antes y más allá de la teatralidad, es uno de aquellos en que el poeta se asoma a su verdad, para iluminarnos con palabras, en donde se nos dice que la tierra indecisa en su sangre todavía, está exigiendo un brazo —sin romance ni trasnochadas lunas poéticas— que con su libertad sepa descender hasta su entraña.

Juana de Ibarbourou

Juana es la castísima desnudez espiritual que dice Unamuno. Su poesía corretea alegremente sobre la hierba mojada de luna y llega hasta nosotros con las mejillas llameantes de viento y con la carne olorosa a campo.

Es una de las que mejor han sabido bordar sobre la tela del verso, los lirios más puros y las granadas más jugosas y encendidas. El gozo de amar y vivir que corre por el verso de Juana de Ibarbourou, se oscurece de tarde en tarde con un cielo de melancolía, que no muchos han visto en sus canciones.

Su nombre iluminado por sus mejores poemas, debe ir entre los de Delmira Agustini y María Eugenia Vaz Ferreira, sin tener la ardiente majestad de la creadora de "Los Cálices Vacíos", aunque con más primordial frescura y gracia auténtica, y sin el desierto de sed

que lleva en el pecho María Eugenia.

Juana de Ibarbourou, es la selva con sus hojas vivas y agua libre y es también en sus poemas más recientes, el corazón dolido de la rosa nocturna.

La poetisa de "Lenguas de Diamante", está tan cerca de nosotros, que es casi natural que a veces no todos puedan ver esa honda vibración en que se mueve su poesía. Nosotros, que la hemos sentido en la distancia, la conservamos, intacta en nuestro aprecio. El detalle, que en ciertos momentos puede no convencernos, no debe influir en el reconocimiento de la obra lograda, ya "cuerpo glorioso", incorruptible, como en la expresión con que Valery nos da la calidad de las palabras de Mallarmé. Una vez que se la mire más distante en el tiempo, su figura aparecerá en la luz merecida que las pequeñas y nerviosas opiniones de cada día no permiten valorizar.

(Exposición de la Poesía Uruguaya, 1940).

Sobre CHICO CARLO. (Alfar, Nº 85, 1945)

Cuando Juana de Ibarbourou lleva su sueño por calles y caminos de la infancia, tiene su voz tanto acercamiento y sabe entrar de tal manera en la distancia del recuerdo que durante todo el viaje del libro, nuestra emoción va a su lado. Es que el poeta no evoca las cosas; las vuelve a vivir. Así, lograr dar a sus campos, a los lejanos acontecimientos, acento actual. Y el perdido lenguaje se nos hace nuevo. Y está aquí redivivo con su presencia, hablándonos.

En la narración de "Chico Carlo" la ternura y la inocencia adquieren descubrimiento de la imaginación y realidad, qué fácilmente, nos trasladamos al ayer y

nos habituamos a ser niños. Y con la creadora de estos cuentos, tornamos a movernos dentro de la verdad sostenida por ángeles de lo fantástico.

En "Las Coronas", el cristal de la muerte se hace tan diáfano que a través de su pureza vemos como desde remotos días, nos acaricia la señal amistosa y pura de nuestros muertos. La frecuentación de su recuerdo, les daba familiaridad arcana. "Llevarle sus flores todas las semanas era para mi madre tan agradable y natural como una visita a la casa de parientes queridos'.' Es que la muerte por razones de herida, nos da más espacios de sangre para que tengamos toda la libertad en el tiempo para unirnos a las nocturnas y huídas voces.

Juana vuelve a sus mejores momentos. En estos últimos poemas de "Chico Carlo" como en "Lenguas de Diamante", su alma aparece desnuda, despierta en la noche, devanándose en su sueño hasta no ser ella misma nada más que un sueño.

Andar por el mundo de lo imaginario es rescatar la única realidad. Comprender la verdad de la poesía, la única realidad que nos va quedando (Novalis). Así en esa pared manchada por la humedad, ella encuentra sus ríos, sus duendes, su cielo y su mundo. Porque el verdadero Amazonas, los legítimos paisajes, no estaban sino ahí, en la húmeda pared por cuya vida ella viajaba. Y porque de esa mancha de la brumosa pared ¿no habrían de salir los ríos, los hombres y las cosas para ir a ocupar su lugar en la tierra?

Este frondoso árbol que ahora miran mis ojos, ¿acaso no es el mismo que yo encontré una tarde, allá en prados cantábricos y era tan pequeño que con mis manos podía abarcar su verde arrullo de hojas?

Juana nos acerca esta nueva realización de su soledad activa. No hay en este libro estampas sentimentales. Es con ternura y sin concesiones de coloridos fáciles que se va iluminando el aire de estos cuentos. A veces su canción va por caminos de tierra, lisos, desnudos de vegetación. Es tal vez por eso que sentimos andar, rico en pobreza, descalzo su corazón.

El poeta nació cantando con la ingenuidad sabia de su primavera, ascendió después por magisterios de estilo, en donde hicieron su aprendizaje casi todas las poetisas de América y ahora ya en el amanecer de su otoño, torna a dejar fluir la experiencia de su viaje por luces sencillas que le van tendiendo su propio puente. En Juana de Ibarbourou la poesía nace en ella. Desde su iniciación en el vuelo lírico su destino es personal y el sentido de todo lo que canta viene del enigma de la sorpresa de su propio drama. Leyendo en su paisaje no encontraremos ecos, ni resplandores de deslumbramientos extraños. El asombro nos viene de las propias colinas, de los árboles, de todo ese júbilo de conciencia que ella echa al campo por la pendiente de su pecho. Pocos como ella, cantan sin valerse de otros medios que los que dan el conocimiento y la expresión del espíritu.

,En "Chico Carlo" cuando se nos habla "de una casa, de un jardín, de un niño", nosotros sentimos las palabras de las casas, de los jardines, de todos los niños del mundo.

Si, la vida entonces, era como el paraíso de los elegidos de Dios.

Ir hacia la infancia es florecer en el sueño. Es reanudar la interrumpida aventura ágil y viva. Porque sentimos su verdad nos conmueve Antonio Machado

cuando dice: "De toda la memoria solo vale el don preclaro de evocar los sueños".

Evocar los sueños y vivirlos que es lo que hace Juana de Ibarbourou, desde este hermoso libro alzado en iluminación humana y en espacios conmovidos de realidad y misterio.

Emilio Oribe

Ya va lejano el tiempo en que Oribe iluminaba su "Castillo Interior", con aquel sueño de estampa de Dante Gabriel Rossetti. Allá por el 1912, quedaron también olvidadas del poeta "Las Letanías Extrañas" y sus "Alucinaciones de Belleza", por donde andaba la luz de Julio Herrera y Reissig. Apareció "El Halconero Astral", dándonos algo de ese fruto de silencio nocturno, que él había de ofrecernos más tarde. Sus voces del "novecientos" anunciaban al pensador actual. Hombre "callado y taciturno" empezaba a escapar de la línea que nace espontánea. Lo llamaba lo que iba por caminos de precisión. Su río no quería desbordarse. La imaginación era para él, solamente un juego lírico, y la ahogaba con el otoño de sus cinco sentidos.

Hoy, el poeta de "El Nunca Usado Mar", ha evitado el vuelo libre de otros días y da a su impulso, orden y exactitud.

Lejos del verso que nace de las fuentes naturales, "fundiendo a conciencia el "corto-circuito" de la inspiración". ¿Es un bien, es un mal?

Frente a su obra nos acordamos de Jesús Bal, afirmando la calidad de Ravel: "Arquero diestro es el que nos asegura siempre la caza". Emilio Oribe, con su

conocida pericia, no sabe perder flechas. Por eso alienta seguro de la amplitud de su nuevo camino. Inteligencia y sensibilidad no son enemigos, por más que lo afirme Larrea, el músico que puede vivir su drama de soledad.

Oribe es también un solitario, y ya que su temperamento lo lleva por esa aspiración de realizar una "Poesía del intelecto", hace bien. Aquellos, para quienes la intuición es casi lo esencial, no dejarán de reconocer el alto valor que el poeta logra con sus recientes poemas.

Poesía pura es matemática y es química —nos está diciendo a cada instante Valéry—. Y Oribe lo oye. El creador del "Canto del Cuadrante" alza los ojos al cielo. Mira todas las estrellas, pero sólo recoge algunas; las que necesita para iluminar su canción. Las estrellas difíciles de alcanzar, las otras no le interesan. Esas descienden solas, sin ser llamadas, hasta la tierra de casi todos los poetas.

En "La Serpiente y el Tiempo", vemos como el poeta entra en la filosofía y el misterio. Su propósito trascendente está situado entre Pitágoras, Platón y San Juan de la Cruz. La interpretación mágica del Universo, surge, no espontáneamente sino en función de disciplina y cultura.

Adiestramiento en la mirada de la forma, no conseguida por intuición, lograda por gracia de intención y voluntad, esfuerzo y técnica.

A este "Canto", en donde los sonetos tienen la arquitectura más perfecta, se asoma Emilio Oribe "trascendiendo ciencia". En su voz, el Logos siempre está presente. Todo lo embellece con litúrgicos fanales. Y piensa, hundida su frente en la abstracción y los sím-

bolos. Sale de su "Castillo Interior" y va a contemplar, sonámbulo cómo "caen las selvas", cómo "llueve ha miles de años" y mirando los ovillos de un diluvio que entretejen, en pantallas, un orbe, exclama:

"¿Qué es el ave? Es la idea que reposa en mí; luego alza el vuelo y se hace cosa. Ave filosofal del pensamiento.

¿Y el diluvio? No existe. No diluvia. El ave se devora el elemento.

Ya sueño que no llueve y no hay más lluvia".

El misterio esconde a la claridad, el poeta va

"solo en la selva, con la noche al hombro,
caminando en la espesura".

de su silencio, pero no hay temor de perderse. Conoce demasiado su ruta. Como en "Víspera" de Emilio Prados, sobre su frente "el atlas abre su mariposa". Y derrama el vuelo por todo el libro. El pulso del poeta dicta normas al vuelo y lo obliga a ajustarse al molde su voz. Y es así, como las catorce etapas figuradas del juego de su libro, adquieren —formalmente— una actitud eterna.

En "El Canto del Cuadrante", Emilio Oribe está totalmente representado. Puente sobre el tiempo, dice el poeta.

"El cuadrante se afirma en duración e idea pura"
El color de su paisaje no incendia la emoción. Es laborado y distribuído conscientemente, alcanzando ese tono frío que busca su maestría.

Unos colaboran con el corazón y las manos cruzadas. El corazón lo hace todo. Emilio Oribe pone en movimiento las alas de su ángel. No se deja guiar por ellas. Al contrario, las lleva serenas y dóciles por su

trasmundo. Nada de aire natural, hay que crearle su aire, el suyo, logrado en difíciles horas de soledad y meditación.

(Exposición de la Poesía Uruguaya, 1940)

Julio Supervielle

Sobre *"OUBLIEUSE MEMOIRE"* (Alfar, Nº 89, 1951).

Reaparece en este libro, la misma voz con que el poeta nos habla de la soledad y ardiente desnudez de la poesía. Volvemos a entrar en la playa universal, y al mismo tiempo íntima de su canto.

Su poesía nos rodea de tal modo, que no podemos —no queremos— salir de ella. Y tenemos que abandonar nuestro más firme terreno, para entrar en un campo de misterio, inexistente, poblado de fantasmas.

Es en esa zona de arcano que oiremos su palabra. Siempre en arriesgado desvelo, como ayer.

"Por haber pisado el corazón de la noche"

Buscando el vuelo sonámbulo al oído, apoyado en la raíz del mundo, de su mundo, de su drama, sin otro aliado que su mismo concierto, sintiendo en su ámbito, la angustia de sus seres angélicos.

El está en ese nido de alborada, emergido en tinieblas, animando el aire con sus figuras de "Entrecielo". Para él pudo haber cantado el poeta de "Tavovables"; "La tierra sumerge sus ojos en el origen de los árboles".

Poesía, ciencia oculta. Sólo para Supervielle, alcanzó el poeta la fuerza de su paisaje,

"con su sangre desnuda, el silencio
pasea una rosa sobre los caminos
del hombre".

La originalidad de Supervielle, afirma Senechal, es haber participado en el movimiento que entrañaba su generación más allá de los mares, a través de los continentes, por el placer de los ojos y el encanto de las aventuras, pudo haber sobrepasado así en una fuga (gravitaciones y en fin haber perdido cuerpo y alma en ese infinito, en donde la inmensidad material y de la vida interior se unen y se comprenden.

¿Desde dónde nos llega Julio Supervielle? Lo vemos en este último libro, como ayer en otros, aparecer con este traje de penumbra, que ya nada desgastará.

Su poesía va entrando "en la eternidad con infinita dulzura".

Julio R. Yordi

Sobre *"LA PEÑA y la peña"* (Alfar, Nº 91, 1954-55).

Este libro tiene para nosotros, un valor vivo, perdurable de recuerdo. Nos movemos en la obra, somos una de las figuras que le dan color y mundo. Nos encontramos fielmente retratados y volvemos a vernos, como éramos entonces, dueños de un valioso caudal de optimismos integrando 'la peña" de la que tantos amigos formábamos activa y decidida parte. Miro aquello tan lejano que me parece estar recorriendo un álbum de viejas fotografías que vuelven a vivir en la actualidad. Si, yo soy aquel hombre de encendida juventud

y están a mi lado en lo más noble y palpitante de su existencia, algunos muertos queridos, Luis Huici, Alfonso Mosquera, Francisco Miguel. Son los seres ya desaparecidos de que habla Maeterlinck, que no desaparecen y que tenemos que elevarnos para acercarnos a ellos. Yo, a través de la palabra de Julio R. Yordi, no solamente los llevo en mi memoria, sino que están dentro de mí, viven en mi sangre.

Apenas sé lo que ha pasado en tanto tiempo, ni sé los que viven, ni todos los que han muerto.

Los muertos, cualquiera que haya sido su vida, resultan después mejores, que el mejor de nosotros. Y viene hacia mí la luz de aquellos compañeros, en la alegría de sus sueños, de su virtud. Los muertos, ya en su pura transparencia no nos dan nada más que el espíritu, es decir lo más noble, lo mejor.

Y así ando con ellos enriqueciéndome con lo más elevado, ya sintiendo en mi con sus triviales y pequeñas cosas, latiendo con la vida la llama que les queda.

El encanto que tiene el recuerdo de la infancia es porque tal vez al pasar a la adolescencia, dejamos de existir y nos quedamos en la verdad, en la pureza de nuestros sueños.

Aquel niño que yo fui, y que siempre que realizo algo bello es porque va a mi lado iluminándome con lo más acendrado y todo el fervor de su luz de domingo.

Para ubicar el libro de Yordi, tendríamos que evocar algunos "Retratos" de excelentes artistas, de buenos escritores, tal es la exactitud con que han sido realizados. Recuerdo algunas páginas de "Apolo" de Manuel Machado, "Retrato" de Ramón Gómez de la Serna, "Españoles de tres mundos" de Juan Ramón Jiménez, y otros.

Hay en sus páginas ternura, profunda amistad, leve ironía y sobre todo gran exactitud cuando se reproducen, el pintor, el poeta y el crítico van juntos.

Y sobre todo el hombre, el amigo que dice los defectos y lo hace tierna y comprensivamente. Y frente a las cosas del café, que nos describe, pasa lo mismo. Las cucharillas, las mamparas, el billar, aparecen ante nosotros, en su verdad, pero enriquecidas con un soplo lírico, dulcificados por la magia de una palabra, entre irónica y sentimental.

No soy yo quien debe hablar de este libro. Estoy demasiado dentro de él. Es casi como si el mismo Julio R. Yordi, gran poeta, hiciera la crítica de su obra. Soy uno de sus personajes, uno de los que dieron nacimiento al libro. Algo de mi vida, mucho de mi juventud, ríe y llora en sus páginas. Sí, estoy ahí entre vosotros.

Augusto D'Halmar

En Chile, su tierra, ha muerto Augusto D'Halmar. Conocimos al poeta en España.

Viejos, lejanos días de bohemia. En verano nos reuníamos todas las tardes en "La Peña", de La Coruña, el Café de la calle Real que presidía don Ricardo "corazón de león". La presencia del maestro ponía en el ambiente la fuerza de su palabra, llena de gracia y sugestiones.

Evocamos su figura alta, su cabello blanco, y al recordarlo viene hacia nosotros el nombre de su poeta preferido Milosz, que él comprendió y tradujo con tanto fervor y conocimiento.

En la voz de D'Halmar aprendimos a querer al poeta lituano. Frente a su gran jarra de café, nos parece aún escucharlo:

> "Todos los muertos están ebrios
> de lluvia vieja y sucia".

Aquel cementerio extraño de "Lofoten", en donde el sueño es grato a los muertos.

D'Halmar había vivido largos años en Europa, habiéndose radicado por el 1925 en Madrid, en donde realizó con Antonio Espina, la traducción de "Le Cour Magnifique". Después de sus andanzas volvió a Chile. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura y escribió sus últimos libros.

Venimos de leer "Mar", editado por "Cruz del Sur", en donde G.V., nos da una semblanza del escritor: "Es un hombre alto, muy alto, comienza en una cabellera plateada. Su perfil es vigoroso. Su voz es ancha. Para llegar a ser D'Halmar tuvo que vivir muchos años llamándose Augusto Goemine, Thompson. Fue Cónsul en la India, en el Perú. Este hombre que ha viajado tanto y que cuando se ve forzado a la inmovilidad, suelta su alma por los caminos del mundo, ha escrito una veintena de libros". (La Lucero, La Lámpara en el Molino, Nirvana, La sombra del humo en el espejo, Pasión y Muerte del Cura Deusto, entre otros).

En la revista "Mar del Sur" viene tal vez el último poema de Augusto D'Halmar, "Las Dos Hadas", de su libro inédito "Canciones con palabras".

Augusto D'Halmar se movió siempre dentro de un mundo poético, de ahí que junto al escritor realista y substancial, vaya también la intuición de lo sensible,

el espacio creador que sólo da la poesía.

Ahora, la noticia de su último viaje, nos acerca al profundo escritor y lo vemos en la desnudez de su vida, en la íntima escritura de su sangre.

Enrique Casaravilla Lemos

Condenado a sufrir, este es el poeta más hundido en la tierra, yendo por ella con una sombra de relente otoñal.

Va siempre dentro del estremecimiento humano. Nunca se le va de vista el viajero que es el mismo y anda por fuera de la tierra. El estará en el drama de la vida, pero sin perder contacto con su otro ser, en dolorosa fiesta, como en nupcias celestes.

Sentimiento y cálculo. El alucinado sueño y el transportar el sueño a la realidad y hacer de la realidad sueño. Ahí está la medida de su fuerza. Desintegración personal, pulsación justa. Música diluída, gravedad armoniosa.

Este es de los hombres que sienten más profundamente la alegría, y en quien el dolor fijó solícito su mirada. No perdió por ello; al contrario, afirmó la actitud de su apostura. Su carne, albergue de la soledad auténtica y del orgullo conciente y apasionado de los espíritus libres.

No habrá en él literatura de época, tan fácil de aprender por otra parte. La hora actual gime plagada de modelos. Su escalofrío no corre por fórmulas aprendidas. Su demonio le aconseja no salir de sus catedrales —las suyas—. Nada de capillas pintorescas. A

él le basta su religiosidad, con danzas y sin ángeles usuales.

Su desorden rítmico —cuando él lo desea— nace de la más espontánea y meditada arquitectura.

La meditación y lo poético, el pensamiento y el sueño, van unidos de tal manera que no sería fácil separarlos.

En Casaravilla la tristeza, el júbilo, brotan al mismo tiempo. En su acento se enciende lo pagano y se manifiesta el drama doloroso de su misticismo.

Este es uno de los pocos poetas que entre nosotros, no sufre influencia literaria. La única presencia que anima su obra, nace de lo más íntimo de su personalidad. Cuando, como Casaravilla, se está atento al canto de ese tremendo soplo de eternidad, que le llega a cada instante, no es posible distraerse recogiendo en su lenguaje otras voces. El está demasiado preocupado en la contemplación "del espíritu en llama abierto en resplandores" que le llega del: "alto cielo celeste". Su carne se confunde con la tierra. Si, pero su pecho no deja de sentir un solo momento, en su latido los "llantos de vagos labios perdidos" que lo llaman desde las estrellas.

Y siempre, aún en lo más exaltado de sus innovaciones, dejándose llevar en el vaivén de lo irreal, el mundo le alcanza la justa señal de su murmullo y lo canta, queriendo desde su relámpago imaginarlo, sentirlo en su verdad.

> Qué maravilloso es el aire del mundo!
> Haced, Señor, que mis ojos lo miren como es.
> Qué maravilloso es el fuego del mundo!
> Haced, Señor, que mis ojos lo miren como es.

Qué maravillosa es el agua que rodea el mundo!
Haced, Señor, que mis ojos la miren como es.

Lo poético y la realidad, lo humano encendido de soledad, la presencia de lo más cándido, la más invisible y perenne ausencia, un aire que entreabre su voz al contacto de la más palpable y ardiente verdad, y lo levanta hasta la cima de lo eterno. Ahí, en ese tiempo de profunda conciencia y de impulso navegable hacia zonas de éxtasis, encontramos la verdadera esencia dramática de este poeta.

Busca más de una vez el desierto del silencio, sigue produciendo a medida que avanza con su vida, a momentos con línea simple como un sabio, otras veces como un escondido romántico de sus armoniosas demencias. Variado e invariable —artista siempre—, ataviado con la seda ligera de su vivacidad trascendente, como con una clámide.

Camina por las horas, sin distanciarse nunca del Cristo que él ve y siente, un Cristo original sin estampados coloridos. Padece su pasión y anda entre riesgos de luces por la poesía, con un agudo temblor de instinto, que tiene tanto de cielo como de tierra.

(Alfar Nº 85, 1947).

Carlos Sabat Ercasty

Por todos sus libros anda lo cósmico entre misterios y milagros. A veces rodando con sus poemas por callejones de bruma y sueño, pero su arcángel lírico suelta sus alas en un vuelo rumoroso.

Para su voz nacieron el mar, el pecho de la tierra, la tormenta, el grito de los pueblos encendidos de más-

tiles y cantos marineros. Es el mar, alzándose en la libertad de la ola que asciende con su columna verde-cenicienta, hasta llegar al corazón de la inmensidad.

Por la exaltación de la ola derrama su anhelo lírico, el agua se va en volantines de luz hacia el cielo y el poeta se pone a hablar con Dios.

La retórica en Sabat Ercasty ungida de gracia crece de lo espontáneo, no es buscada ni aprendida y es fiel a su manera de sentir.

Su verso va en su pulso firme y seguro, y cuando levanta el vuelo sabe que es suya el ave perseguida y en ritmos armoniosos describe en el aire su arriesgada y eficaz aventura de cazador.

En este poeta se da de manera lograda y perfecta la poesía de tono mayor. La definiríamos, llamándola poesía de mar, de montaña.

Vemos a Sabat Ercasty en su resplandeciente figura de Dios griego, moviendo su rostro, dando nacimiento a los días y noches de su música, creándose el mismo, su extraña y apasionada mitología.

Sabat Ercasty, como exigía Juan Ramón Jiménez es ante todo "ese árbol universal de hoja perenne" y sube hasta lo transparente, pero también sabe descender, hasta iluminar el pozo de la soledad.

(Leído en homenaje al poeta,
por su Premio Nacional de Literatura).

Sobre "VIDAS" (Alfar, Revista de "Casa América Galicia", Nº 33, oct. 1923) (1).

---

(1) Con este nombre existía la Revista desde 1920, comienza la Dirección de Julio J. Casal y el nombre de ALFAR en esta fecha.

Este libro fue con nosotros al campo y nos hemos metido dentro de su campo. Sabat Ercasty nos dio un lecho de hojas líricas y el espíritu se tumbó todo a lo largo de su luminosidad. Pocas veces pudimos quemar nuestra inquietud en una llama tan vibrante. En los poemas de "Vidas" la llama es nube celeste y es avispa y es árbol. Y con "la joven del Sol" la llama es:

"la espiga madura que cae borracha y deseosa"

Y es: "el tábano metálico en cuyas alas vibra"

"la embriaguez delirante de la hora enardecida".

El libro de Sabat Ercasty es ante todo eso: una llama —una llama que es la lengua del sol cuando despierta y es la frente del mar cuando medita.

Llama que ha hecho correr por los troncos de los árboles un estremecimiento de vida. Llama que fecunda la tierra del verso.

"Vidas" es un libro nuevo, jugoso, —relámpago de corazón en cielo, en belleza—. De su poesía se desprende un olor saludable. Carlos Sabat Ercasty asciende con estos poemas a la montaña de la lírica universal.

El poeta canta sabiamente, porque su voz está empapada de agua de astros, y de su pensamiento como de una garganta potentísima, brota la música de las selvas y de los horizontes.

Juvenal Ortiz Saralegui

Sobre *"Retratos y Cartas de la montaña"* (Alfar, Nº 90, 1952-53).

Para decirnos de la vida y la obra de algunos escritores, Juvenal Ortiz Saralegui, recurre al soneto. Y nos da en ritmos antiguos y modernos, medallones

de valiosa orfebrería. Su escritura es rigurosa y ama el poeta ir por senderos creados por él mismo, con lejanas reminiscencias clásicas. Porque Ortiz Saralegui, fue creando su manera de cantar con difíciles voces de Quevedo, con sabrosos aires y flores lisonjeras de Garcilaso —su preferido—, con el oleaje taciturno de Bécquer, animándolo todo con el duende musical de García Lorca y con el aliento cercano de Julio Herrera y Reissig y la música eterna y contagiosa de Rubén Darío.

Frente a estos retratos podemos exclamar: Aquí no hay fotografía, sino el espíritu del poeta; lo mismo que en esos magníficos cuadros de pintores en donde más que el exacto rostro y figura del modelo alienta su transparencia lírica, su misterio, la sombra que los ha llevado por la vida, la luz que los sostiene más allá de la muerte.

Entre nosotros, el autor de "Flor Cerrada" es de los que conocen el resorte, la gracia del soneto, por el que anda naturalmente libre, sin artificio, con un fuego que le nace desde adentro, soneto que él viste como un hábito, que parece haber sido hecho para él; tanta es la gracia con que lo lleva.

No creo que debamos exigir el fin del soneto, pero ya es peligroso utilizar su forma, por más hermosa que esta sea. Nuestros poetas ya lo emplean con excesiva comodidad y van cabalgando en su lomo —todos iguales— con un mismo trote e impulsados por el recuerdo de los viejos maestros.

Por eso agradecemos a Juvenal Ortiz Saralegui, este tiempo de soneto que nos brinda, porque nos dice de una manera, sobria, perfecta, toda la posibilidad de su poesía.

Desde el primer momento su verso nos subyuga y en él no hay ejercicio de forma, es un manejarla, dominándola, porque en él lo esencial es la música, es esa armonía que le llega desde lo hondo y que lo mismo la derrama por el soneto como por el verso libre.

"Flor Cerrada", "Las dos Niñas" y ahora este libro, dan a la obra de este autor un soplo de permanencia, un derecho a quedar firme, consciente, libre y conmovido huésped de la poesía.

Sobre *"POESIA FIEL"* (Alfar, Nº 91, 1954-55).

Leo el libro frente a una acacia frondosa, rica en verdes matinales, amanecida en infantiles juegos de oro. Voy del libro al árbol y me parece que en uno y en otro hay el mismo paisaje de cálida y escondida ternura. Gracia en el aire, raíz que entra en la tierra enamorada y profunda.

Por lo general, este escritor atrae con los frisos musicales de sus poemas. Desde luego, nace estremecido de sonoridad y probablemente entre nosotros, es de los únicos que ha sabido adueñarse de una técnica clásica aprendida en grandes lecturas y perfeccionada, andando día y noche entre pájaros al amanecer. Porque este amanecer lírico aún en plena noche del poeta es algo que lo acompaña siempre.

Con su canto, mismo aquel en que va en su más recóndita lágrima y en que nos dice la más íntima angustia de su pensamiento, flota su pena sostenida en diáfanas luces, en acendrado y caliente color. Muchos no sienten el llanto, tan escondida está en la arquitectura:

"la estrella que en su lágrima aparece"

oculta algo en su resplandor.

Vemos las orillas pero no los limos que:

"debajo las orillas padecían".

Dentro del verso en donde hay luz:

"crece entre mieles
va como un río desnudo".

queriendo esconderse entre la iluminación de su fuente, pero aquella dulce niña o la eternidad —Juan Ramón — interroga desde lo hondo asomada a su isla nocturna.

Una nueva vez volvemos a recordar a Garcilaso, renacido en su aliento, en su ternura. Como al otro gran poeta se le ve ir por la soledad de hojas, por la vieja y querida "lámina de amores", los dos clásicos, modernos y transparentes.

"en el encuentro de lo nunca hallado"

hermanos en rocíos y alientos, yendo los dos —uno como Machado— por sus "plátanos de amor" y el otro por su temblor dorado de acacia.

Con "Poesía Fiel" el poeta nos ha dado un libro seguro. La poesía acompaña al viajero durante toda la vida. Entra en los barrancos de dolor, va por las claras y alegres romerías de la luz, perro dócil y querido no lo abandonará nunca y el poeta la eterniza, convirtiéndolo, creándole un ruiseñor de música.

En algunos poemas se viaja hacia el sueño, y es donde el poeta se encuentra. Ese sueño que vive en la lejanía. Se piensa que para Ortiz Saralegui, nacen las palabras de *Heidegger* definiendo al hombre "ser de

la lejanía". Ahí está para nosotros, lo puro de todo lo poético.

Cuando el creador de "Castilla" nos cantó: "De toda la memoria sólo vale el don preclaro de evocar los sueños". Nos acerca a su manera de pensar.

Evocar los sueños, entrando en ellos, es ir por nieblas, es ir desnudo, silencioso con lo de uno, casi niño, en lo cándido, único, de la verdad poética.

Si aspiramos a que quede algo nuevo, será lo que nos llega del aliento de la bruma por donde hemos andado, el enigma de todo aquello que nos acompañó en tan largo viaje por la poesía. Rilke ya no se nos irá más porque viene de un mundo no visto sino en fantasma. Aquellas cosas a las que se daba "que se enriquecieron hasta agotarlo", aquel diálogo con las pequeñas y distantes sombras, lo sostendrían en su magia firme e inconmovible. Ortiz Saralegui está en esta distancia lírica:

"Cuando el amor lo llama con el eco de su lumbre" cuando los álamos de su memoria abierta dejan desprender el callado llanto de su rocío.

Julio Carlos Díaz Usandivaras

Unas pocas palabras para Julio Carlos Díaz Usandivaras. Viene de Buenos Aires a evocarnos al mexicano Luis J. Urbina.

En Usandivaras hay un legítimo poeta de manos que se dan, corazón que se extiende y milagro de río que se hace mar.

Este poeta, sin desprenderse de las formas antiguas, ha dado al soneto la novedad del asonante. Co-

rre por sus versos, con un desconocido resplandor, animando el rostro de la poesía, con finos e interiores dedos de amor, movidos por el vuelo lírico y la viviente magia de sus imágenes. Ya en él no es solamente el paso que se mueve. Es el mundo que echa a andar. No es el barco, es el mar que viaja.

El mar que viaja con el poeta.

Recuerdo a Torena White cuando pienso en Usandivaras, y veo como todos los aspectos de su sueño, se resuelven en música. Así canta:

"abril se va de continuados ángeles,
muerto en azul de nueva perspectiva,
por el torrente claro del celaje
con su resolución de lejanías.
Atravesando los abiertos mares,
abril se va pero sin despedidas".

Encendido en ese color, que por momentos, lo va aclarando en una escala de pájaros y almendros.

Y siempre dueño de lo armonioso de su palabra, esa palabra que como decía Bergamín, "es la libertad del hombre contra el destino".

Estaremos siempre con estos poetas, delegados de todo aquello que renace a cada mometno. Ellos son la frente nacida en el oficio de crear aire nuevo, para el espacio nuevo. Son la llama y el surco que la acuna y el espejo que la refleja.

Usandivaras nos va a hablar de Luis J. Urbina, el poeta mexicano, sucesor directo de Gutiérrez Nájera. Recordemos al poeta de "El Corazón Juglar" con íntimo afecto; como decía González Martínez, "con esa ternura de cosa familiar y cercana", ¿quién no recuerda de "Ingenuas", libro inolvidable, aquel: "Entra

rayo de luna". Y aquellos otros versos, en donde se ve que la forma perfecta está en el sueño?...

Hace ya tiempo. Casi nacíamos a la sed y al gusto de eternidad de la poesía, y ya llegaba hasta nosotros aquel latido musical y entrañable de sus versos.

"Era un cautivo beso enamorado
de una mano de nieve, que tenía
la apariencia de un lirio desmayado
y el palpitar de un ave en agonía".

Poeta! nuestras manos se encuentran en esa ascensión a que lleva la vigilia interior. Y en esa esencia dramática, que derrama sin descanso su cielo, entre el oleaje escondido de la tierra oscura.

———

EN TORNO A LA POESIA

Para definir la poesía tendríamos como exige Unamuno que no hablar nada más que del espíritu. Y entrar en el tiempo, con la palabra esencial de Antonio Machado.

La poesía para nosotros, es abrir la ventana. Frente a ella, muros y sombras y ver el mar. Un mar que existe, o no existe. Es lo mismo. Si no existe, lo creamos, para poder verlo, lo hacemos crecer por detrás del muro y de la sombra... Cuando el pensador pide "que nuestro libro sea una sombra de nosotros mismos", nos está dando la verdad de la poesía.

Hoy pocos cantan con su voz, y menos con su vida. La mayoría de los poetas se enriquecen con donaires y trazos de los otros. Por eso estamos viviendo esta tragedia del soneto y de la exageración del verso libre. Es con profunda emoción que asistimos al nacimiento de los que aparecen desnudos, con su propio acento.

Llegan nuevos, con su éxtasis, pero pasan inadvertidos. Cantaba el artista: "Es un oro imposible de comprender". Pero no importa. El poeta continúa mirando desde sus ojos y con sus ojos. Poesía es aquel barco que está en la noche y como cantaba Sofía Arzarello: "No es la noche". Ella en su conversación con el alma, decía algo que hacemos nuestro, para definición de la poesía: "En la poesía no hay días, hay sólo tiempo".

Cuando Federico García Lorca, de viva voz, se

defiende de Gerardo Diego, no queriendo definir la poesía, nos acerca a su manera de pensar: "Qué voy a decir de esas nubes, de ese cielo? Mirar, mirarlas, mirarlas y nada más". Un poeta no puede decir nada de la poesía, eso déjenlo para los críticos y profesores. Pero ni tú, ni yo, ni ningún poeta, sabemos lo que es poesía". Creemos con Lorca cuando asegura "que podemos hablar de la poesía, pero no de nuestra poesía". Están de acuerdo todos los poetas españoles frente a la poesía. Manuel Altolaguirre: "No puedo opinar sobre lo que debo o quiero hacer en poesía".

Bécquer escapándose tan lírica y profundamente con su "poesía eres tú".

Dámaso Alonso: "La poesía es un fervor y una claridad".

Jorge Guillen: "Poesía pura es todo lo que permanece en el poema, después de haber eliminado todo lo que no es poesía".

"La poesía existe, o no existe", nos escribe Pedro Salinas, no definiéndola, claro está. Para él en su delicadeza, en su desnudez está la victoria. No voy a hablar de mi poesía —suponiendo que yo la tuviera— como dice el maestro de "Presagios" estaría explicada por mis poesías. Voy a decir solamente como yo la siento. Desde luego, y ante todo, como una religión. La practico diariamente, a toda hora, a cada momento. Cuando voy hacia ella, me siento crecer y sé que ya soy el único dueño de mi drama. Tengo necesidad de la poesía. Me brota como una flor, no muy bella, si queréis, pero me brota de las manos, del pensamiento, del corazón, de la soledad. Lo que cantado, me lo dió la niebla, el otoño. Si no hubiera sido por ellos mi canción no existiría:

"Otoño me vas dando
tu mar dorado. Voy
por el acorde de tu agua
con mis señales últimas
de tierra, en tus cristales.
Tú y yo llorando.
No sé si es de mi mar o de tus ojos,
que se derrama el verdadero llanto.

Lo perdurable para mí no existe ni en lo retórico. Todo lo que levanta la voz pierde categoría. Prefiero a lo que se dice lo que se oye en lo que apenas se ha escrito. Más que aclarar, lo esencial es sugerir. Siento los recuerdos de los primeros años. Como he dicho, no sabría definir mi poesía, pero debo mucho a mi infancia, a las lejanas memorias por donde andan los ojos de mi madre. Cuando cantamos y en nuestra voz hay poesía, es que probablemente estamos mirando al ayer. Frecuentamos y amamos lo distante.

"Eras de lluvia en el distante álamo
de lluvia que se fue por los andenes
rosados de la tarde, y en las hojas
dejó dormido un ruiseñor de aire".

Nuestra realidad está tejida de viejas plazas y de calles lentas. Ahí yo quisiera dejar siempre mi acento lírico, naciendo del pecho de los pájaros, del rocío de los árboles. Y no es que salgamos del sueño.

La verdad de mi corazón fue aprendida en España. Es suya mi sensibilidad, mi drama, lo que puede haber de sorpresa, de secreto en mi lenguaje. Mi madre me habrá dado la memoria, pero España me dio el barco para andar por ella. Siempre he querido dar lo invisible, la raíz, lo oculto de mi pensamiento. Tal vez

por ello, a momentos me he escapado de la forma y mi estrella y mi relámpago han corrido por comarcas huidizas.

En mis versos, me ha obsesionado la idea de quemar todo lo que no es imagen. La poesía no es lo recreativo ni la anécdota. Para soñar con águilas y vírgenes hay que entrar en el paisaje sin disfraz. No es la aventura lo que ha de quedar, sino lo que se crea. Cuando Hamlet ve "una nube que tiene forma de camello", está creando. La nube deja de ser nube, para ser lo que ve Hamlet. La poesía es lo que nosotros vemos. Desde ese rostro firme y desnudo, la poesía nos habla. Lo abstracto brotando desde lo concreto, saliendo del plano realista, para llegar a lo imaginario. No materialismo y espíritu. La poesía no es nada más que espíritu, aún sostenida en formas del todo materiales. La única realidad que nos va quedando es la poesía, decía Novalis. Y he tratado de decir mi canto con palabra limpia, oscura a veces tal vez, pero a fuerza de sentirla tanto. Me ha interesado más que el color del paisaje, la libertad del aire, el color del recuerdo. Hemos preferido, más que las grandes causas y los magníficos motivos, conversar con las cosas pequeñas, colaborar con lo humilde, hablar con una voz distante, íntima de infancia. Y no es que nosotros no sintamos las cosas con nuestros ojos de tierra, pero nos agrada más mirar la noche y las señales de lo misterioso que nos miran desde tan lejos, o desde tan cerca, desde nosotros mismos. La poesía es aquello que vemos por la última vez con ojos inocentes, al primer encuentro. Es no estar encadenado a la tierra, y dar vida a la tierra. Ir en verdadero, ser heroico, y no con máscara de héroe. Como decíamos, en la poesía, "no hay días, hay sólo

tiempo", sentía el poeta. La nube podrá continuar siendo nube, pero es también lo soñado. La ola no se vuelve pájaro. Es pájaro también.

Mi deseo es ir por la disciplina, por lo ardiente de la disciplina y alcanzar ese sentido sobrio, esa técnica emocional, que nace de lo español. No aspiro a la perfección fría, quiero desde luego, lo logrado, pero si lleva dentro la salud de lo "incorrecto lírico, el pudor de la emoción", o lo que es lo mismo, el milagro. Trato de llevar mi espíritu por secretos de luz, por climas de candor. Es así que puedo moverlo desde un aire imaginativo, tratando de rodearlo con un verdadero mundo poético. La poesía no es solamente soñar. Es lo que decimos recordando el sueño. O no lo decimos. Y saber estar solos. Recuerdo a La Bruyère: "Todo nuestro mal, viene de no poder estar solos". Y Antonio Machado: "Converso con el hombre que siempre va conmigo, quien habla solo, espera hablar a Dios un día". Y desde esa soledad irse dando para entrar en el verdadero reino de las voces y la distancia. Todas las cosas a las que me doy me enriquecen y me agotan". Cantaba el húngaro trashumante, dándose y penetrando con sus sentidos por donde quiera, pájaros, en el cielo tornadizo, como exigía la acendrada experiencia de Rilke, así sentimos la poesía. El poeta —nos dice Santayana—, es el que toma un objeto y lo deja caer, lo pierde claro está pero le queda su resonancia. La poesía no es lo concreto, ni siquiera el paisaje, es lo que esconde el paisaje.

Es el eco, la resonancia.

ASI NACIO "ALFAR"

Era ayer. Y hace 25 años. Galicia... Andaba un viento frío por las calles de la vieja ciudad cantábrica. Pero nosotros teníamos fuego en el corazón. Y para recorrer los caminos de la noche nos alcanzaba con la lámpara de nuestros versos. En un juego de peligrosa poesía nació ALFAR. Queríamos imponer nuestra religión de escritores y se entabló la lucha pero no nos importaba. Ya nos había dicho el pensador que "El Paraíso está en la sombra que proyectan las espadas". Ibamos en la pureza de nuestra verdad y ya sabíamos con el maestro, que: "Dios no tiene necesidad de nuestras mentiras", y que el drama que vivíamos, nacía de nuestras conviciones, que nuestra faena iba segura en su acendrado fervor y en su presencia de espada. Fuimos creando nuestra soledad y nuestra embriaguez. Sabíamos con La Bruyère que "todo nuestro mal viene de no poder estar solos". Así nació ALFAR. Nuestro bosque no tendría la razón de sus árboles, pero se derramaba con su aliento propio. Pero pronto de todas las distancias nos alcanzó el lenguaje de la sangre, la esperanza de los nuevos, las abejas laboriosas de los consagrados: miel de Antonio Machado, de Miguel de Unamuno, de Gabriel Miró, y hasta nosotros fueron llegando Fernando Villalón con sus romances del ochocientos y al mismo tiempo ocultista con su actitud de misterio contra el número creador "de una aristocracia popular". Emilio Prados, venía de Málaga con su barco "devanando sus cadenas y peinando sus amarras".

Vicente Aleixandre, desde Sevilla, diciéndonos que "la poesía es la salida a la única libertad". Y también de Sevilla, Luis Cernuda, dueño de su "Perfil del aire". Manuel Altolaguirre, abogado, obrero tipógrafo, uno de los más jóvenes, ya cantaba su voz de niño:

"Era mi dolor tan alto
que la puesta de la casa
de donde salí llorando
me llegaba a la cintura.

Era mi dolor tan alto
que miraba al otro mundo
por encima del ocaso".

Y Pedro Salinas con la aventura de su poesía hacia lo absoluto. Y Rafael Alberti el más nuestro de todos, nos envía desde Cádiz sus primeras colaboraciones. Ya en 1922 comentamos su premio Nacional de Literatura. En el jurado estaba Antonio Machado, poeta del sobrecielo y el subsuelo.

Jorge Guillén, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Juan Larrea, Moreno Villa, y ¡tantos! y bajando de su Granada, Fuente Vaqueros, envuelto en "su viento del sur" y con su maestro de la brisa "el chopo", nos llegó también entre los juncos y la baja tarde, el más emocionado y auténtico poeta: Federico García Lorca. Nombres queridos, que como dice Rafael Alberti, "sin lastimarme... me están clavando una ribera de luz, dulce en mi pecho, haciéndome el alma navegable".

Este español del éxodo y del llanto, el gran poeta León Felipe, por aquel entonces andaba por Africa. "Ya venía corriendo, corriendo por una larga pista de siglos y de obstáculos", mientras en su día de veinti-

cuatro noches, afinaba su memoria, para llevar bien la cuenta de las sombras.

Cuando se habla de "ALFAR" entre los pintores, Salvador Dalí, Esplandín, Bores, Francisco Miguel, Cebreiro, Abelenda, no podemos olvidar nunca el nombre de Barradas, que estará vivo, con su expresión única de creador, en nuestra fiesta de memoria.

Yo lo que he hecho, es ir recogiendo lo que se me daba, levantar en la arquitectura de una obra, el aire, la arcilla, el agua, que desde el paisaje del pecho me ofrecieron depurados y fraternales espíritus. Lo único que me toca en esta alegría de manos limpias con que trabajo, este difundir en mi propia voz la claridad auténtica de la jornada lírica de los otros que me han dado la bella actitud, yo la he situado, tratando que se vea su ardiente desnudez. El ejercicio de la creación y de la sensibilidad, es de todos. Lo que pudiera ser mío es el taller, la disciplina que exige, la preocupación constante del que necesita andar siempre moviéndose entre las altísimas vibraciones de los escogidos. Y no pido perdón, si a veces, entre tantas logradas formas que vuelan, se ha deslizado lo que por su naciente cántico no cabría aparentemnete, en el secreto de equilibrio a que aspira esta revista. No olvidemos que no todo ha de ser creación. El primer rubor del cielo y el verde más inocente de la tierra, son los que atraviesan la piel del paisaje con una vena viviente de poesía. El muro ancho y definitivo será más fuerte, si deja posar en su piedra la ansiedad de los nuevos y el amanecer labrado con el sueño recién nacido, pero apretado de ternura de los que comienzan. Siento a instantes un afán presuroso de escaparse del drama de los que han llegado, y olvidando exigencias inclinarse sobre el mun-

do de los que, honrada y alegremente van desatando en el viento la arboleda de sus primeras voces. Es que ya mi luz comprensiva, como en el decir del Maestro: "a ser juez de los otros, va prefiriendo ser su amante". Por eso a nuestro lado no han de estar solamente los que dialogan con la difícil y evigente vigilia. Hay un lugar también para los que aún sin ser los dueños de la obra perfecta, de medida grave, tienen tal autoridad de pureza, tanta categoría de sangre nueva, que ellos son los que verdaderamente echan sobre nuestra tierra de labor la más viva y humana semilla. Para ellos la más intacta y dulce hoja de nuestro agradecimiento. Torna ALFAR a dibujar en el espacio su anhelo, de recoger la señal de todos los que piensan y sueñan. Queremos presencias activas para que la obra permanezca. Adentrémonos cada vez más los unos en los otros, repartiéndonos el fervor y la fe, única manera de dignificar la sangre; porque al dar lo nuestro nos enriqueceremos con la lección depuradora que nace de la eficacia que da la refundición de todos los hombres en un solo hombre, es decir, de todos los espíritus en un solo espíritu.

El fervor nos alcanzará hacia la verdad en el vuelo de su más íntima iluminación. Y la fe es la que nos dará la arcilla y el obrador. Porque la fe es la garantía. Que se encuentren siempre nuestras manos cuando tendidas en el viento vayan a recoger la voz que nos llega desde aires distantes. Este agotarse en el sacrificio es un pretexto de luz para renacer y es una de las maneras que tiene el alma, como en el cantar de Moreno Villa, para ir siempre de "resurrección en resurrección". Porque este oficio de pensar, vivo, de angustia, peligro y júbilo al mismo tiempo, es el que

ahora nos ciñe en este círculo de sencillo y desatado fuego.

(Palabras pronunciadsa por JULIO J. CASAL, la noche del homenaje por los 25 años de ALFAR, sus bodas de plata con la cultura iberoamericana, que celebraron los escritores latinoamericanos en Montevideo). Entre otros festejos, la poetisa venezolana Ana Enriqueta Terán, leyó este poema:

SONETO A JULIO J. CASAL

Del fruto lento que la noche envía
olvidaste los zumos jubilosos
para alzar en tus hombros, melodiosos
otoños donde el fuego se extasía.

Mas la penumbra cruel te desafía,
desde el jazmín de brillos ardorosos
hasta la mar en pie de los sollozos
que circundan tus sienes todavía.

¿Quién después de los hondos amadores
que transitan tus llantos? Insumisas
comarcas yacen en tus pensamientos.

Caballero de finos ruiseñores,
palpitante de Otoño y altas brisas
de alondras y de arcángeles violentos.

SOBRE JULIO J. CASAL

LA PEÑA Y La peña, por Julio R. Yordi, págs. 143 a 148, 19|feb.|945, La Coruña, España.
DIALOGO CON JULIO J. CASAL, por Juvenal Ortiz Saralegui, 30 de abril de 1955, Cuadernos J. Herrea y Reissig.
HOMENAJE A JULIO J. CASAL, 1955, Imp. Gaceta Comercial, Montevideo.
MEDITACIONES Y RECUERDOS, por Julio Casal Muñoz, Julio de 1955, Montevideo, Uruguay.
JULIO J. CASAL, por Alfredo A. Roggiano, Revista Iberoamericana, Vol. XX, n.40, set. 1955.
NUEVA POESIA URUGUAYA, por Hugo Emilio Pedemonte, Madrid, 1958, Págs. 150 y ss.
POESIA, JULIO J. CASAL, entrega Nº 12 de la publicación bimestral dirigida por Ruben Yacovski, feb. 1964.
PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY, por Alberto Zum Felde, 1930, 2ª ed. 1941, Montevideo.
ANTOLOGIA DE LA POESIA HISPANOAMERICANA, 1958,
BARRADAS, J. CASAL Y EL AFILADOR, C.I.S.A., 1965
Aguilar, por Julio Caillet Bois.
LITERATURA URUGUAYA, 1807, 1965, por Sarah Bollo, T. II, pág. .30 y ss.
Hay referencias y poemas en casi todas las Antologías poéticas publicadas en Hispano América. Retratos y poesías en la mayoría de los "Cuadernos Julio Herrera y Reissig".

ALGUNOS JUICIOS EN LA PRENSA:

"Presencia de Julio J. Casal", por Hugo E. Pedemonte, 2|en.|955. Suplemento de "La Mañana". Montevideo.
"Poesía el inefable don de la bondad", por Raúl Botelho, en.|955, "El País", Sec. Arte y Cultura.
"Homenaje a Julio J. Casal", junio de 1956, "Mundo Uruguayo",

"En los jardines del museo "Juan Manuel Blanes", efectuóse la ceremonia de consagrar uno de los viejos cedros del paseo a la memoria poética de Julio J. Casal, aparecen en las notas graficas el poeta Carlos Sabat Ercasty en momentos de descubrir la placa colocada junto al árbol y a la Dra. Alba Roballo, vice presidente del Consejo Departamental hablando en nombre del cuerpo que integra, que conjuntamente con escritores y artistas tributaba el referido homenaje..."

"Un alfarero infatigable", por Alberto Insúa, 13|abril|1926, "La voz de Madrid", España.

"La última ánfora de Alfar", por Alberto Insúa, 13|mayo|1955, "La vanguardia española", Barcelona, España.

"Julio J. Casal", Su mensaje, por Antonio Vega, 30|dic.|1956, Suplemento de 'La Mañana", Montevideo.

"Página para luego", 16|junio|1957, "El Plata". Arte y Letras. Con estudios de Walter González Penela, Juvenal Ortiz Saralegui, Julio R. Yordi, Arsinoe Moratorio, Uruguay González Poggi, Luis Alberto Morales.

"Nuestro Homenaje", octubre de 1959, "Pregón", Artes y Letras. Con trabajos de Alfredo A. Roggiano, Jules Supervielle, Julio R. Yordi, Alba Roballo.

"Al margen de un Poema de Julio J. Casal", por Manuel de Castro, 27|dic.|1959, Suplemento de "La Mañana".

"A seis años de la muerte de Julio J. Casal", 16|dic.|1960. "El Popular", Suplemento de cultura. Montevideo. En otros aniversarios juicios de Jesualdo Sosa.

"Julio J. Casal, ayer y ahora", 2|oct.1962, "El Día", suplemento, por Dora Isella Russell.

OPINIONES SOBRE SU OBRA

"El poeta Julio J. Casal, que ha consagrado su nombre dentro y fuera del país, acaba de ofrecer a sus admiradores un libro de versos que titula "Arbol" y de cuyas composiciones hizo una lectura recientemente en la Residencial de Estudiantes de Madrid. Tuvo éxito brillante dicha lectura que reveló al escritor uruguayo en plena ascensión hacia las cumbres de la belleza del sentimiento. Con esta obra, la personalidad lírica de Julio J. Casal reclama tácitamente una ubicuidad legítima en las avanzadas de la poesía contemporánea".

Francisco Luis Bernárdez, Vigo, 1925.
(Recogido en la prensa de Madrid y La Coruña).

"Colina de la música" significa, el encuentro de Julio J. Casal con la poesía. Hay un despojamiento y un enriquecerse de nuevo: en el instante de esa puerta pasa al poeta de "Cuaderno de Otoño". Vedlo. Del camino recorrido con nobles pasos, él ha dado las secretas señales del viento, el llanto y la alegría de la tierra,

la amorosa música de la brisa, las varas de la lluvia. El amor le acerca sus nebulosos azules como la hiedra enciende el fulgor de su madurez".

Juvenal Ortíz Saralegui, 1955
"Diálogo con Julio J. Casal".

"Desde la meridiana altura de la vida, Julio J. Casal entona con fervor en el "Cuaderno de Otoño" el canto más inspirado y hondo de su destino lírico.

Libro de evocación, con ese "Otoño" recóndito que siempre se anticipa en el poeta, al otoño físico; con esa melancólica visión desdibujada de las cosas, cuando ya hay una "niebla que anda por la tarde" y deforma los contornos reales y crea la magia crepuscular de los paisajes íntimos; este reciente libro de Julio J. Casal nos acerca una vez más su mensaje de ternura y transparencia. Conmovido poeta vuelve los ojos al pasado, y ve mientras le sonríe —aunque lejana— la luna de su infancia, ya el otoño le va dando "su mar dorado"; definición exacta, es ese mar absoluto que le invade el alma. Sin puerto. Es la lenta oleada de los días, que al sucederse, ha ido apaciguando las antiguas borrascas. El agua corre clarificada, y apenas una involuntaria nostalgia gravitando como una llovizna impalpable, empaña la celeste diafanidad de su memoria. Ahora ya va "tirando por la borda las últimas palabras, lo que no es necesario al vuelo". Desnuda y sustancial, su voz revela la dimensión purísima de su actitud estética".

"En cuatro palabras podemos sintetizar su obra: Lejanía, aire, flor y sueño".

Juana de Ibarbourou, 1947.

"Canta el otoño y la perdida primavera, y todo lo que lenta y silenciosamente se va de nuestro lado "en la invisible muerte de todos los días"; eterno tema, y por eterno siempre renovado, que lo vincula a la más cabal tradición española de la cual nunca está ausente la idea de la muerte y la del incesante perecer. Pero refresca su voz para decírnoslo y la templa con el diapasón de Juan R. Jiménez y de Antonio Machado y la hace tan conmovida y tan recatada. Si en Julio J. Casal la tristeza se cubre de dulzura, también la dulzura se arropa de tristeza, pero de una tristeza que se vigila y mide sin cesar. "Cuadernos de Otoño" es un fruto sazonado lenta y cabalmente. En su materia verbal, tan delgada y despojada, Julio J. Casal nos da su mensaje poético, donde la difícil simplicidad se manifiesta con una belleza tan desnuda".

Clotilde Luisi, 1947.

Fue una gran pena para mí que mi salud me impidiera tomar parte directa en el Homenaje a mi querido amigo, el destacado poeta Julio J. Casal, cuya memoria fue tan justamente celebrada en París.

...Casal era uno de los poetas más finos de la América La-

tina. Formado en la dura escuela de la Europa donde el pasa la primera parte de su vida. El es un poeta mayor mismo en sus más breves poemas. Pleno de sutilezas, de profundas riquezas que vienen del corazón tanto como de las palabras y que saben tocarnos por una suerte de exquisita ternura, oculta bajo un arte muy sabio.

Y no olvidamos más su importancia como guía de Alfar, que durante largos años el dirigió con una clarividencia excepcional.

Jules Supervielle, París, 1955.

"La categoría excepcional de la poesía de Julio J. Casal... con toques de una sorprendida ternura idiomática que muy escasos poetas han alcanzado".

Pedro Leandro Ipuche
"El Plata", 29|1|956

"Recuerdo de Cielo".

El cielo, de patios y zaguanes, con cajitas de música, y la niebla del rostro lejano, la madre, regresa, leve y sola, en estos nuevos poemas de Julio J. Casal.

...La idea profunda poderosa, de sostener una obra poética, —rilkeana en su medida, universalidad— que es alabar a la madre como origen de poesía, sensibilidad, color, concreta en estos versos con humildad de copla:

"Y en mi alegría
y en mi dolor,
me imagino
creyente y creador.
¡Ay! y sé bien
que no soy yo.
Eres tú".

dan luz a esta poesía. Por celebrarla, el poeta ha creado en "He vuelto a verte rostro entristecido", una de sus páginas maravillosas, de humanidad ... en donde las palabras huyen de sí mismas, pertenecen ya a lo invisible.

Julio Fernández, 1951
"Alfar" Nº 89.

Ningún mensaje de poesía más delicado podría llegarnos. ...Una poesía de tan difícil sencillez, supone tras de sí una larga historia de ascetismo.

Porque la aparición de un libro así madurado, es siempre un acontecimiento en la vida de un poeta, a veces, también de una poesía...

Alberto Zum Felde
Cuadernos de Poesía, Nº 3. C.J. Herrera y Reissig

"A Julio J. Casal, hermano en poesía y en sentido de la libertad".

Pablo Neruda
En un ejemplar de "Residencia en la tierra".

"A Julio J. Casal, la poesía española agradecida".

Gerardo Diego.
En un ejemplar de la "Antología de la poesía española".

"Es elogiable la valentía de su Alfar, como refugio de los hombres libres, ante la dictadura que soporta la patria".

Miguel de Unamuno, 1925.
París, Carta a Julio J. Casal

Muy distinguido señor y amigo, le envío mi libro de Poesía Juglaresca, si algún trozo le interesa para la Revista, lo arreglaré con algún exordio para que pueda publicarme aparte.
Sino, más adelante hallaré tiempo para alguna cosa inédita.
Lo saluda muy atentamente.

Ramón Menéndez Pidal
Madrid, 5 de abril 1925

A Julio J. Casal
"Al esclarecido poeta Julio J. Casal. Recuerdo cordialísimo del principio de nuestra amistad".

Gabriel Miró
7|XII|923. En un ejemplar de "Nuestro Padre San Daniel"

"A Julio J. Casal, gran poeta del Uruguay".

Julio Moncada.
En "Destierro", 13|IV|50.

"La poesía de Julio J. Casal —la que se inicia en "Arbol"— es de una personalidad inconfundible. Gabriela Mistral diría que "no posee Adán literario". Porque todo en ella es propio y auténtico, desde el lenguaje y la música hasta la manera de apresar el fugitivísimo momento emocional y darle eternidad en palabras esenciales, mágicas dentro de su pureza y de su voluntaria sencillez, que rehuye toda pompa, todo oropel.

Gastón Figueira
Montevideo, mayo 1966

INDICE

Pág.

BIBLIOTECA ALFAR

Fundador: **JULIO J. CASAL**

Director: **JULIO CASAL MUÑOZ**

Julio J. Casal	ARBOL
	COLINA DE LA MUSICA
Vicente Basso Maglio -	LA EXPRESION HEROICA
Eduardo J. Couture -	LA COMARCA Y EL MUNDO
Esther de Cáceres -	CANCION
Dora Iseila Russell -	OLEAJE
Juvenal Ortiz Saralegui -	FLOR CERRADA
	LINEA DEL ALBA
	LA RAMA ARDIENTE
Cipriano S. Vitureira -	LIBRO DE PAUSAS
	PORTINARI EN MONTEVIDEO
Jesualdo -	EL HERMANO POLICHINELA
Marynés Casal Muñoz -	CUNA DE RIO
	BOSQUE PEQUEÑO
	ROSA CEÑIDA
	CRISOL
Paulina Medeiros -	ALREDEDORES DEL SILENCIO
Carlos M. Solari -	FRONDA SUMERGIDA
Gastón Figueira -	JUAN RAMON JIMENEZ: POETA DE LO INEFABLE
Ana Enriqueta Terán -	PRESENCIA TERRENA
Julio Casal Muñoz -	FILOSOFIA GRIEGA
	FILOSOFIA CRISTIANA
	POETICA DE LO ABSOLUTO
	SER Y MUERTE
	HERACLITO Y EL PENSAMIENTO METAFISICO
	POEMAS DEL ATARDECER
Felipe Novoa -	VIENTO DESNUDO
Luis A. Caputi -	ALMA Y ENCANTO
Alejandro Laureiro -	LOS PECHOS NUBLADOS
Josefina Lerena Acevedo de Blixen -	A MEDIA VOZ
Elia Gil Salgueiro -	CANTO RECUPERADO
Francisco Alejandro Lanza -	HOY, PADRE, ES NAVIDAD
	VIVIR, EXTRAÑA COSA
	BALADA DE LOS FARSANTES
José Lucas -	LENGUA DE ESPEJO
Julio Fernández -	REFERENCIA AUTOBIOGRAFICA
Rimaelvo Ardoino -	CARLOS GUIDO SPANO: HOMBRE Y POETA
Hyalmar Blixen -	LA GUERRA DE LOS DIOSES
Rodolfo Vera -	CUATRO POEMAS PARA UN NOMBRE
R. Fernández Pelaggio -	PANTOMIMA DEL SUEÑO Y LA MUERTE
Gloria Vega de Alba -	ISLA
Rafael Casal Muñoz -	LA CASA
Washington Buño -	IMAGINACIONES Y REALIDADES
Mary Rosa Massey de Sburlati -	ALBORADA
Gilberto Caetano Fabregat -	FORMAS DE LA DIPLOMACIA
Henri de Lescoet -	SONETOS DE LA TARDE Y OTROS POEMAS

BIBLIOTECA ALFAR — Dirección

Los Pinos 2815 — Ruta 102 — Aeropuerto Carrasco

República Oriental del Uruguay

nuel Blanes" al disolverse la Asamblea por un golpe de estado; fue destituído por la dictadura, jubilándose el 31 de diciembre de 1937 con mínima retribución. Durante muchos años vivió heroicamente con estrecheces económicas pero con una gran dignidad y espíritu superior. Normalizada la República, fue reparado por el Tribunal Extraordinario instituído para considerar las situaciones creadas por el régimen contrario a derecho.

El Municipio de Montevideo, por iniciativa del escritor Alfredo Mario Ferreiro, apoyado unánimemente por intelectuales, artistas y autoridades, por resolución de junio de 1956, dedicó un antiguo cedro al poeta en los jardines del Museo "Juan Manuel Blanes", de donde había sido destituído, y una placa recordatoria con un poema suyo, sobre un monolito de granito. Justa reparación a su memoria.

Julio J. Casal es uno de los poetas más auténticos de hispanoamérica. Y como hombre estuvo siempre junto a la causa de los pueblos sufrientes, luchando por su liberación, en una línea de conducta ejemplar y un magisterio vivo. Supo ser guía para la juventud y estímulo para los nuevos valores en las letras de España y América Latina.

Algunos de los más grandes poetas y pintores de lengua española contemporánea, iniciaron su labor pública desde las páginas de ALFAR.



Esta Obra
terminóse de imprimir
en el mes de Junio de **1966** en
TIPOGRAFIA ATLANTIDA
de Francisco Gaál e Hijo
Calle Cuareim 1070
Montevideo

